

se

Un poco de magia



CARA COLTA Lectulandia

Iba a necesitar mucha suerte para poder unir a aquel hombre y a aquella mujer...

Las cicatrices, tanto físicas como psicológicas, habían hecho del arquitecto Rick Barnett un hombre duro y cínico. Pero era más que evidente que se le iban los ojos tras Cynthia Forsythe. Su inocencia y bondad lo atraían sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Por mucho que Rick tratara de esconder en las sombras de la noche el deseo que había en sus ojos, Meredith sabía que era el hombre perfecto para Cynthia. Y, si no se equivocaba, pronto conseguiría romper la maldición...

Lectulandia

Cara Colter

Un poco de magia

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Nighttime sweethearts*

Cara Colter, 2006

Editor digital: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

— ¿Señorita Montrose? —la secretaria llamó a Merry por el interfono—. Rick Barnett está aquí.

— ¿Quién? —preguntó Merry, con cierto tono de impaciencia.

No tenía tiempo para ver a nadie.

—Es el arquitecto. El que ha elegido para construir la capilla.

Ah, sí, el arquitecto. La capilla era una brillante idea que Merry había concebido. Con tanto romance en la ciudad de vacaciones La Torchére, de la que era directora, deberían tener una capilla. Al propietario de La Torchére le había gustado la idea, naturalmente, y le había dado el visto bueno por escrito.

Entonces Merry estaba encantada con la idea, pero ahora le parecía una menudencia comparada con lo que estaba ocurriendo en su propia vida.

Tenía que hacer de casamentera para dos parejas más y el hechizo del que había sido víctima siete años atrás por parte de su bienintencionada, y sin embargo perversa madrina, Lissa, se habría roto por fin.

Roto, roto, roto. Dejaría de ser una anciana arrugada de pelo gris y volvería a ser la joven hermosa que había sido. Cerrando los ojos, Merry recordó cómo había sido una vez: la piel perfecta, la larga melena de color cobrizo, una preciosa figura...

Sí, Merry Montrose, más conocida como la princesa Meredith Montrose Bessart, estaba a punto de recuperar su fabulosa vida. Aunque dirigir aquella bonita ciudad de vacaciones en la costa de Florida también tenía sus buenos momentos. Pero claro, ¿vivir como directora de un complejo vacacional o vivir como una princesa? La elección estaba clara.

Merry se permitió a sí misma soñar un momento... Volvería al reino de Silestia. Habría fabulosas fiestas y celebraciones por las calles. De nuevo, volvería a disfrutar de una vida de lujos. Se casaría con el príncipe, como estaba escrito desde su infancia, y con su unión obtendrían fabulosos contratos y todo tipo de posibilidades económicas. Habría gloria y glamour...

¡Pero ya estaba bien de soñar!

La maldición requería que formase veintiuna parejas antes de cumplir los treinta años. La pareja número diecinueve, el guapísimo jeque y la encantadora Selina Carrington, se habían enamorado a primera vista, como Merry había planeado. La pareja número dieciocho, Brad Smith y Parris Hammond, se casarían en La Torchére la semana siguiente.

El tiempo era fundamental, porque sólo le quedaban unas semanas para cumplir los treinta años.

No tenía tiempo que perder, pero estaba muy ocupada intentando elegir a quién iba a emparejar. Como ya le quedaba muy poco, quería que fuese absolutamente perfecto. Merry miró su escritorio, cubierto de fotografías, mientras decidía en qué

vidas iba a meterse...

—Con la mejor intención, claro —murmuró, mirando la fotografía de una guapísima actriz, una cliente habitual de La Torchére—. Ya no es ninguna jovencita —dijo en voz alta, buscando la fotografía del jardinero de La Torchére, que tampoco era ningún muchacho.

¿Sería posible?

— ¿Señorita Montrose? —volvió a llamarla su secretaria—. ¿Puedo decirle que pase?

—Bueno, si no hay más remedio... —suspiró Merry, mirando la fotografía de un famoso físico nuclear y una reina del rock—. No, imposible.

Había un nuevo encargado de mantenimiento en La Torchére. Era guapísimo, rubio, de intensos ojos azules, con el cuerpo de un dios griego...

Entonces notó que había alguien en el despacho.

—Ah, usted debe de ser Rick Barnett —sonrió, levantando la mirada.

«Es él», pensó. De modo que el destino había decidido ayudarla con la última pareja. Ya tenía al novio, ahora sólo tenía que encontrar a la novia.

Merry estudió detenidamente al hombre que tenía delante. Era muy alto, de hombros anchos, piernas largas y... Merry echó un vistazo mientras se giraba un poco para buscar su silla... Sí, también tenía un trasero espectacular.

Una vez debió de haber sido un hombre guapísimo, sin duda. Sus facciones eran perfectas, pero llevaba un parche sobre el ojo izquierdo y varias cicatrices surcaban ese lado de su cara. Aquel rostro era un estudio en contrastes, la mitad perfecta, la otra imperfecta, como el propio hombre.

—Fue un accidente durante una construcción —explicó Rick Barnett, antes de que ella pudiera preguntar.

Tenía una voz como la grava: dura, ronca, profunda; una voz que parecía advertir sobre cualquier intrusión en su vida privada. Sin embargo, cuando lo miró a los ojos, que eran de un azul profundo, Merry vio que era un hombre que sufría.

Y lo entendía muy bien. ¿No había sufrido ella una transformación? Antes era una mujer bellísima, más guapa que cualquier estrella de cine, y ahora... ahora era una vieja arrugada y consumida.

La diferencia era que ella tenía la oportunidad de romper el maleficio. Aquel hombre había sido transformado de por vida, aunque no debía de tener más de veintiocho años.

¿La joven cantante de rock?, se preguntó, colocando la fotografía a la vista.

No. Tendría que ser una mujer muy especial. No, la cantante no, pensó, metiendo la foto en el cajón.

Merry lo estudió cuidadosamente, observando no lo que el accidente le había robado sino lo que no pudo robarle. Sí, estaba deformado de por vida, pero tenía la sensación de que podía ver su alma.

En ella había una fuerza tremenda, un profundo dolor. Y, bajo todo eso, una

asombrosa capacidad de amar.

Merry estuvo a punto de ponerse a cantar. Se dio cuenta entonces de que debía de estar sonriendo con demasiado entusiasmo, porque él la miraba con una expresión recelosa.

—Hay varias posibilidades —dijo entonces, acercándose a la ventana—. Ahí, por ejemplo, cerca de la piscina. Queremos que sea una capilla pequeña pero elegante. La Torchére parece inspirar amor.

Sobre todo últimamente.

Él dejó escapar una especie de bufido, como si lo del amor le pareciese una bobada.

—El nuevo propietario está de acuerdo en que la posibilidad de organizar bodas en La Torchére sería una buena idea.

—Muy lucrativo, seguro.

Ah, un cínico, pensó Merry, dubitativa. Aquel hombre estaba herido y no le interesaba el amor. La magia era una cosa, los milagros otra muy diferente.

— ¿Por qué le interesa un proyecto como éste? ¿Algo tan pequeño? Su reputación me hizo pensar que rechazaría un proyecto tan poco importante.

—Necesito un respiro. Llevo mucho tiempo encargándome de grandes proyectos.

—Ah, ya.

Quizá no fuera lo que ella esperaba. A lo mejor había sacado conclusiones precipitadas. A lo mejor la actriz y el nuevo encargado de mantenimiento... Pero no le apetecía emparejar al encargado de mantenimiento.

¿Por qué?

Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, Rick Barnett se acercó a la ventana:

—No sé por qué, pero me he sentido... obligado a venir.

Merry tuvo que contener un gemido. Ah, entonces era él.

Pero, ¿con quién podía emparejarlo? Le habría gustado decirle que se fuera para ponerse a mirar fotografías. Estaba emocionada... y no era sólo porque estuviera a punto de romper el maleficio.

No, había algo en aquel hombre que le hacía desear ver cómo el amor transformaba totalmente su vida. De repente, Barnett se quedó absolutamente inmóvil, como si hubiera dejado de respirar.

Intrigada, Merry siguió la dirección de su mirada, clavada en Cynthia Forsythe, una de las clientes. Ella sería una candidata ideal, joven, guapa y con personalidad.

Pero su madre, la famosa escritora Emma Bluebell Forsythe, estaba decidida a encontrar el marido perfecto para su hija... aunque la joven no estaba interesada en absoluto.

—Cynthia —murmuró él.

— ¿La conoce?

—Sí, la conocí hace mucho tiempo —contestó Barnett, con voz helada.

—Si quiere hablar con ella...

—No —la interrumpió el arquitecto—. De hecho, le agradecería que no volviese a mencionarla.

El corazón de Merry latía a mil por hora. ¿Qué podía ser más perfecto? Aquella pareja era una historia de amor malograda...

Una mirada a la expresión del hombre hizo que se preguntara si la magia sería capaz de cambiar lo que veía ahí.

Pero le caía bien Rick Barnett que, como ella, había sido transformado contra su voluntad y que, al contrario que ella, no volvería a ser quien había sido.

¿Tendría suficientes poderes? ¿Se atrevería a malgastarlos con aquella pareja que podría no cuajar cuando su propia vida estaba en riesgo?

Merry dejó escapar un suspiro. ¡Cuánto había odiado el hechizo que la había transformado en una anciana! ¡Cómo había sufrido, cómo se había compadecido de sí misma durante años!

Pero la princesa Meredith Montrose Bessart, más conocida como Meredith Montrose, había entendido algo importante: el hechizo la había convertido en una persona mejor.

Porque, en un segundo, el tiempo suficiente para tomar una decisión, había sido capaz de olvidarse de su propia felicidad para pensar en la felicidad de otras dos personas.

Rick y Cynthia, decidió, y empezó a canturrear la marcha nupcial.

Naturalmente, Rick Barnett debió de pensar que se sentía inspirada por la inminente construcción de la nueva capilla, diseñada por él, pero hizo una mueca de todas formas.

Capítulo 1

— No.

Cynthia Forsythe se maravilló ante el enorme poder de ese monosílabo. No solía decirle que no a su madre, la famosa escritora Emma Bluebell Forsythe, y esperaba sentirse culpable.

Pero en lugar de eso experimentaba una deliciosa y casi perversa sensación de alegría.

Su madre, vestida con un traje de Chanel y con el pelo recién teñido de un nuevo tono castaño, estaba en la puerta que unía ambas suites.

— ¿No? —repitió Emma Bluebell Forsythe, como si no hubiera oído bien—. Cynthia, por supuesto que vas a venir. He conocido a un barón alemán. Sólo tiene un par de años más que tú y es uno de los empresarios más ricos de Alemania. ¿No te parece interesante?

—No —repitió ella.

— ¿No es interesante? —preguntó Emma, atónita.

A Cynthia no le parecía nada interesante. Desde luego, no lo era más que el magnate de la prensa, que el magnate del petróleo o el banquero de los días anteriores, pero decidió explicarse:

—No pienso salir esta noche.

—La cena será exquisita y creo que hay un espectáculo después. ¿No te apetece?

—No.

—Me encanta estar aquí, en La Torchère, Cynthia. Es mucho mejor que la Toscana que, debo admitir, ha sido una pequeña desilusión. Pero este sitio es tan exclusivo... está lleno de gente importante. Así que tienes que venir a la cena.

Cynthia no pensaba ir y estaba asombrada de verse capaz de mantener esa decisión. De modo que se cruzó de brazos y repitió:

—No.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas, pero de inmediato sacó un pañuelo para no estropearse el maquillaje.

— ¿Por qué eres así?

—Mamá, estoy cansada...

— ¡Pero si estas vacaciones son para ti! Sé que te he hecho trabajar mucho, sí... Debería haber dividido la guerra civil en partes en lugar de hacerlo todo de golpe. Ahora estás agotada e infeliz y es culpa mía. Pero te aseguro que pienso solucionarlo.

—No —repitió Cynthia.

Esa palabra empezaba a ser adictiva.

Era cierto que se había esforzado mucho aquel año. Su madre era la famosa Emma Bluebell Forsythe, escritora de novelas históricas que siempre llegaban a la lista de best-sellers, y ella era su ayudante.

La investigación que llevaban a cabo para escribir cada novela era muy meticulosa y el trabajo de Cynthia consistía, además, en llevar su agenda.

Y era cierto que, como ayudante personal de su madre, estaba agotada.

¿Infeliz? Sí, seguramente también. Aunque no se sentía particularmente infeliz. En realidad, no recordaba la última vez que había sentido algo. Iba por la vida como una marioneta, haciendo lo que debía hacer, bailando al son que tocaba su madre, pero extrañamente ajena a todo el proceso.

—Mamá, si estas vacaciones son para mí, ¿te importaría dejarme que haga lo que quiera?

—Pero yo sé lo que es mejor para ti...

Cynthia cerró los ojos. Aquella noche era un rico empresario alemán. La noche anterior había sido el aburridísimo, pero millonario, Maxwell Davies. Al día siguiente, a menos que se pusiera firme, sería el conde Drácula si estaba de vacaciones en La Torchère y era soltero.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Cariñito, ¿qué estás haciendo?

Jerome Carrington acababa de entrar en la suite.

Jerome era una dinamo de pelo blanco que su madre había conocido poco tiempo atrás y el único ser en el planeta que se atrevía a llamar «cariñito» a Emma Bluebell Forsythe.

—Buenas noches, Cynthia —la saludó, antes de volverse hacia su madre—. Dijiste que estarías en la puerta de mi habitación a las nueve en punto y son las nueve y cuarto.

Su madre lo fulminó con la mirada. No sólo era el único que podía llamarla «cariñito», también era el único que se atrevía a regañarla por llegar tarde.

—Es culpa de Cynthia. Llevo horas aquí intentando que entre en razón. Dice que no quiere venir a cenar... ¡Jerome, convéncela tú!

—Muy bien —dijo él, volviéndose hacia Cynthia con un brillo de complicidad en sus ojos grises— ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis —contestó ella.

—Ah, ya. Pues entonces supongo que ya eres mayorcita y puedes hacer tus propios planes. ¿Nos vamos, cariñito? —sonrió, tomando a Emma del brazo.

Emma no se movió de inmediato, pero al final tuvo que rendirse.

—Muy bien, muy bien. Pero cuando vuelva tenemos que hablar.

Cynthia cerró la puerta de su suite con un suspiro y miró alrededor. Le encantaba aquella habitación que consistía en un pequeño salón, una cocina francesa y un office. También había, por supuesto, un dormitorio con su cuarto de baño. Fuera, había un patio con muebles de teca. Tanto el salón como el dormitorio tenían puertas correderas que daban a un jardín privado, separado del resto del complejo hotelero por altos arbustos llenos de flores. Más allá del jardín, en la distancia, Cynthia podía ver el precioso mar azul de Florida.

Los colores tropicales mezclados con tonos blancos y beige, los muebles elegantes y cómodos, la brisa que entraba del jardín... Todo en La Torchére era un placer para los sentidos.

Su propia casa no le gustaba tanto. Por supuesto, estaba amueblada con antigüedades que su madre ya no quería. El sofá era de diseño provenzal francés, cubierto de brocado, muy duro, muy formal, nada invitador. ¿Había puesto los pies en ese sofá alguna vez?

Y su apartamento estaba en un barrio que Emma había aprobado, naturalmente. El distrito histórico, a una manzana de la casa de su madre, una mansión del siglo XVIII que había pertenecido a su familia desde siempre.

Pero la felicidad que sentía en aquel sitio hizo que se diera cuenta de las deficiencias de su propio apartamento. Las ventanas eran pequeñas y los techos, demasiado altos. Había demasiadas paredes forradas de roble. Los muebles no eran de su gusto, por muy caros y exquisitos que fueran.

Allí, en el cayo de La Torchére, no hacía falta salir de la suite para encontrarse cómoda y feliz.

Su idea de unas vacaciones ideales sería llevar tres buenos libros y tener tiempo para leerlos en lugar de pelearse con la agenda de su madre.

Y la agenda de su madre era emparejarla. Sólo con un millonario, naturalmente.

Pero en lugar de perder tiempo pensando en eso, Cynthia sacó una novela que tenía escondida y que, por supuesto, Emma llamaría «basura literaria». Unos minutos después, tras haberse puesto un cómodo pijama, se preparó una taza de cacao, colocó los cojines en el sofá y se tumbó para leer.

—Esto es vida —murmuró.

Por la puerta abierta del patio podía oír el suave murmullo del mar y el canto de las gaviotas. Una suave brisa movía el cuello de su pijama mientras abría la novela para disfrutar de las aventuras amorosas de Jasmine y el jeque.

Pero en lugar de relajarla, de transportarla a otro mundo, aquella novela la intranquilizó, despertó un curioso anhelo por una vida que no era la suya...

Quizá porque su madre le había contado que la nieta de Jerome se había enamorado locamente de un jeque que había conocido en La Torchére.

Unas horas después, cansada de intentar disfrutar de lo que, supuestamente, era una noche perfecta para ella, Cynthia dejó a un lado la novela. ¿Qué hacía leyendo si el mundo real estaba al otro lado de la puerta, esperando ser explorado?

No el mundo de su madre, lleno de ejecutivos, millonarios, clubs exclusivos y restaurantes de cinco tenedores.

No, Cynthia se sentía irremediabilmente atraída por la playa, por la fragancia de las flores en la oscuridad.

Entonces miró el reloj e hizo una mueca.

— ¿A medianoche? Cynthia, por favor.

Aquello le pasaba a menudo. De repente, hablaba como lo haría su madre.

Irritada consigo misma, se levantó del sofá y entró en el cuarto de baño para mirarse en el espejo. El pijama, un regalo de su madre, escondía sus formas por completo. La melena de color castaño claro estaba sujeta por una goma y sus ojos pardos le devolvían la mirada detrás de las gafas...

—Por Dios, Cynthia. ¿Cuándo te has vuelto tan patética? Tienes veintiséis años y pareces una vieja.

Por supuesto, con un poco de maquillaje podría destacar sus altos pómulos y unos labios generosos. Incluso podía hacer que sus ojos pareciesen verdes o castaños, dependiendo del color de la sombra de ojos. Pero, ¿para qué molestarse?

—Tu idea de pasarlo bien es quedarte en casa leyendo un libro. Y pareces justo lo que eres, una ayudante de investigación que no ha vivido una aventura en toda su vida.

Pero eso no era cierto del todo. Mucho tiempo atrás, gritando de alegría, había abrazado al chico más guapo del mundo mientras se perdían por la autopista en una moto...

El tenía los ojos de un maravilloso color azul oscuro y la sonrisa más bonita del mundo. Lo había conocido en el instituto y era un chico sin dinero, aunque su casa estaba sólo a unas manzanas del apartamento en el que vivía ahora.

Habían pasado muchos años desde la última vez que había pensado en él y no sabía por qué lo había recordado en aquel momento, pero...

En fin, sería la soledad, pensó.

¿Qué podía hacer una persona en aquella isla? ¿Debería ir con su madre? A lo mejor estaría bailando, dando vueltas por la pista como una jovencita de veinte años.

Pero Cynthia sabía que ese tipo de entretenimiento no la libraría de aquella sensación de inquietud. Incluso podría hacer que se sintiera peor, como si fuera una actriz interpretando un papel... un papel para el que no estaba preparada.

De modo que salió al patio y miró hacia el mar. Estaba muy oscuro y podía ver cientos de lucecitas moviéndose.

La Torchére se llamaba así por las fosforescentes criaturas que iluminaban el mar por la noche.

Pero aquella noche parecía como si esas lucecitas estuvieran llamándola.

—No puedes ir a nadar por la noche, sola. Sería muy arriesgado.

De nuevo, la voz de su madre.

Pero Cynthia se preguntó si de verdad sería tan arriesgado. Ella era una buena nadadora y los únicos residentes de la isla eran millonarios o empleados del hotel. De hecho, para llegar allí había que tomar un ferry o una avioneta. Los delincuentes, los malos, esa gente de la que siempre le advertía su madre, debían de estar al otro lado del cayo.

Si iba a tener una aventura, aunque fuera pequeña, aquél era el sitio perfecto.

Rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión, Cynthia se puso el bañador.

—Al menos tengo una bonita figura —murmuró, poniéndose un vestido sin mangas encima.

Apagó todas las luces para que su madre pensara que estaba dormida si iba a buscarla y, después de tomar una toalla y cerrar la puerta de la suite, tomó el camino bordeado de flores que llevaba a la playa.

Aunque era tarde, la brisa seguía siendo tan cálida como un abrazo. Y la playa estaba, como había imaginado momentos antes, completamente desierta. Cynthia se acercó a la orilla, dejó la toalla sobre la arena y se quitó el vestido. Olía de maravilla a mar, a noche y a misterio.

Entonces metió un pie en el agua. No estaba fría, todo lo contrario. Y la oscuridad era tal que no sabía dónde acababa el mar y dónde empezaba el cielo.

Estaba completamente sola y se le ocurrió algo.

Bañarse desnuda.

No, no, imposible.

Allí estaba otra vez la voz de su madre. Pero la verdad era que ella no era el tipo de mujer que haría eso... ¿qué clase de mujer haría eso? Un espíritu libre, una mujer llena de vida, aventurera y divertida.

Una mujer que abrazase la clase de tentación que su madre desaprobaba. No una persona seria, no una mujer infeliz y cansada.

«Absurdo», oía la voz de Emma en su cabeza.

Muy bien. Entonces sería absurda y viviría esa pequeña aventura, como un regalo. Aquella noche, aunque sólo fuera durante unos minutos, sería un espíritu libre en lugar de la aburrida y seria Cynthia Forsythe.

Rápidamente, antes de que pudiera recuperar el sentido común, mirando nerviosamente alrededor, Cynthia se quitó el bañador. La brisa nocturna le pareció increíblemente sensual sobre su piel desnuda.

Cuando se metió en el agua experimentó una sensación... como si el mar la abrazase. Era maravilloso. Cynthia dejó escapar una carcajada alegre. Se convirtió en el espíritu libre de sus fantasías mientras nadaba y jugaba en el agua.

Por fin, feliz, se tumbó de espaldas y flotó mirando al cielo, imaginando que era una estrella en medio de aquella oscuridad.

Pero se convirtió en Cynthia Forsythe de nuevo cuando oyó un ruido en la playa. Tan nerviosa estaba que tragó un poco de agua y tuvo que toser.

Le pareció ver que alguien encendía una cerilla y luego la punta de un cigarrillo... No, no era un cigarrillo, era un puro. El aroma llegaba hasta allí.

Las mujeres no solían fumar puros, de modo que había un hombre en la playa. Y allí estaba ella, completamente desnuda.

Completamente vulnerable, pensó. Eso era lo que pasaba con las aventuras cuando una no estaba acostumbrada a vivirlas.

Cynthia se puso a pensar. Podía alejarse nadando, pero su ropa estaba en la orilla... Y no le apetecía nada pasear por La Torchère completamente desnuda.

La única opción era esperar y eso fue lo que hizo, pero pasaban los minutos y seguía viendo aquella figura solitaria en la playa. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía ver que era un hombre alto, grande, formidable.

¿Sabría él que estaba allí? ¿La habría oído? ¿Habría visto el bañador sobre la arena?

Lo mejor que podría pasarle era que aquel hombre la viera desnuda. Lo peor... que podría ser peligroso.

—Cynthia Forsythe —se regañó a sí misma, con los dientes castañeteando de frío—. ¡Deberías haber sabido que las aventuras no son para ti!

Capítulo 2

A Rick Barnett le encantaba la noche. La oscuridad lo protegía de la mirada curiosa de la gente, pero era mucho más que eso.

Como si fuera una compensación por el daño en su ojo izquierdo, el derecho había desarrollado una increíble visión nocturna. Por la noche, era casi como si tuviera un sexto sentido que lo advertía de los obstáculos incluso antes de verlos. Era mucho mejor que de día, cuando se sentía desequilibrado y torpe por la restringida visión.

Aquella noche había ido a buscar posibles sitios para ubicar la capilla. La señora Montrose, aquella extraña mujer con ojos de jovencita de un asombroso color azul violáceo, había mencionado varias localizaciones, pero ninguna le decía nada.

Quizá aceptar aquel encargo para diseñar y construir una capilla hubiera sido un error.

Él era un cínico por naturaleza. Ya lo era antes del accidente que le había destrozado la mitad de la cara y aplastado la laringe, lo que hacía que su voz sonara ronca y oscura como el rugido de un animal. Pero ahora lo era más que nunca, sobre todo al descubrir cómo las mujeres huían nada más verlo. Habían pasado seis meses desde el accidente y su agenda estaba totalmente vacía. Tampoco había mensajes en su contestador.

Antes del accidente salía con una mujer e iban bastante en serio, pero ella había abandonado el barco y cuando se miraba al espejo Rick lo entendía.

Los médicos le habían dicho que, con el tiempo, las cicatrices desaparecerían y aprendería a compensar la pérdida de visión en el ojo izquierdo.

Con el tiempo.

Pero no habría ninguna forma de arreglar su voz.

El accidente lo había endurecido aún más, pero ahora ya no era un hombre atractivo, así que no creía en los finales felices.

La verdad era que ya no creía absolutamente en nada.

Y por si su vida no fuera tormento suficiente, además tenía que ver en La Torchére a Cynthia Forsythe. Los dioses debían de estar riéndose a sus expensas.

En cualquier otro momento le habría encantado encontrarse con ella... Cynthia Forsythe, la chica que no quiso ser su novia porque era un chico pobre.

En cualquier otro momento, le habría encantado presentarle a las mujeres guapísimas que salían con él, que no dejaban de llamarlo.

Pero ahora... Ahora no quería ver a Cynthia. Esperaba marcharse cuanto antes de La Torchére y que, con un poco de suerte, sus caminos no se cruzasen.

Rick se encontró a sí mismo en una zona rocosa de la playa y, de repente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Aquel sitio era diferente. Lo habían dejado como estaba, con rocas y árboles, conservando el paisaje natural.

No estaba seguro de cómo lo había sabido, pero lo supo. Aquél era el sitio. Allí era donde construiría la capilla. ¿Era una hipocresía que un hombre que no creía en el amor construyese una capilla?

Probablemente.

Y, sin embargo, casi podía verla levantándose con elegancia a su alrededor. Sabía que la pondría allí, en aquella playa llena de rocas, frente al mar.

Le encantaba construir. Pero eso no significaba que tuviera que creer en el amor.

Una risa femenina le llegó entonces y, de nuevo, sintió que se le erizaba el vello. Sí, los dioses lo estaban pasando bien a su costa aquella noche.

Era una tontería, por supuesto. Pero cuando se acercó un poco más pudo ver la silueta de una mujer nadando en la playa...

¿Cynthia?

¿Cynthia Forsythe?

Sí, era ella. Conocería su risa en cualquier sitio. La había oído muchas veces, tiempo atrás. Cuando Cynthia apoyaba la mejilla en su chaqueta de cuero negro mientras enredaba los brazos alrededor de su cintura...

Rick recordó el amargo sabor de su rechazo, que se mezcló con los rechazos que había sufrido recientemente.

Estaba nadando y a su alrededor había cientos de lucecitas. Parecía estar nadando en el cielo, entre las estrellas, y no en el mar.

Y ese sexto sentido le dijo que Cynthia Forsythe, la refinada señorita Forsythe, estaba nadando desnuda.

Era infantil vengarse de ella después de tantos años, pero le daba igual. Iba a vengarse de ella y de todas las demás mujeres que ahora no querían saber nada de él. No sería una venganza cruenta, sólo algo que lo hiciera sentir desagraviado.

Sus cosas estaban tiradas sobre la arena. El bañador, oscuro y decoroso, como era típico de ella, colocado sobre la toalla.

Rick se sentó sobre un tronco que el mar había depositado en la playa, encendió un puro y se dispuso a esperar.

Ella debió de verlo enseguida, porque se quedó parada. Aunque estaba muy oscuro, Rick podía ver su cabeza asomando por encima del agua. Pero no salió, se quedó allí esperando... esperando a que él se cansara. Pero Rick no iba a cansarse.

Rió para sí mismo mientras apagaba el puro unos minutos después. Nadie podía ganarle a un hombre que tenía a su disposición todo el tiempo del mundo.

Por fin, oyó su voz, trémula:

— ¿Oiga?

— ¿Sí?

Seguramente, aquel rugido no era lo que ella había esperado, porque se quedó callada durante lo que pareció una eternidad.

—Verá... es que me ha pillado en mal momento. ¿Podría irse de la playa para que pueda salir del agua?

—No —contestó él.

—Un caballero lo haría.

—Yo no soy un caballero —respondió Rick.

Y su voz lo demostraba. De hecho, cuando se miraba al espejo era como ver a un pirata, con las feas cicatrices de las batallas cruzando su rostro. Cynthia saldría nadando hacia los cayos si lo supiera.

—Mire, si no se va ahora, lo denunciaré a la policía.

Rick sonrió. ¿Policía en el cayo de La Torchère? Pero su sonrisa desapareció enseguida. Cynthia usaba el mismo tono que tantos años atrás; el tono de una chica de clase alta, acostumbrada a que la escuchasen, con su pronunciación perfecta.

— ¿Denunciarme a la policía? Yo sólo estoy disfrutando de un momento de soledad en la playa, señorita. Y voy vestido, por cierto. Es usted la que no lleva ropa.

— ¿Cómo lo sabe? —exclamó Cynthia—. ¡Está muy oscuro!

A pesar de su tono combativo, Rick se dio cuenta de que estaba asustada. ¿Seguiría siendo tan pudorosa como antes? Imposible. Ahora debía de tener veintiséis años. Algún hombre debía de haber probado ya aquellos labios, algún hombre habría despertado su pasión.

No quería pensar en ello, de modo que se acercó a la toalla y levantó el bañador con el pie.

—Su bañador está aquí, así que...

¿Se habría casado? Ese pensamiento fue como un cuchillo en su corazón.

«Quizá tenga un montón de hijos».

Se dijo a sí mismo que el dolor que sentía era sólo porque sería injusto que ella hubiera encontrado la felicidad mientras su vida estaba destrozada por un maldito accidente. Pero se enteraría, nada más. Se enteraría y desaparecería después.

—Haré un trato con usted.

—Dígame.

—Me daré la vuelta mientras sale del agua y se pone el bañador.

— ¿Esa es su mejor oferta?

—En realidad, hay más. Me daré la vuelta si a cambio...

— ¿A cambio qué?

—Si me da un beso.

— ¿Está usted loco? —exclamó Cynthia.

—Es posible.

Silencio.

— ¿Qué clase de beso? —preguntó ella por fin.

— ¿Cuántas clases de besos hay?

—Pues... podría ser un beso en la mejilla...

—Eso no es lo que yo tenía en mente.

—Podría ser un piquito en los labios.

—Eso se acerca más —dijo Rick, sorprendido.

Aparentemente, Cynthia seguía siendo una chica inocente. Además, si estuviera casada le habría dicho que iba a llamar a su marido.

— ¡No voy a darle un beso en la boca! Es usted un completo extraño. Y ha estado fumando un puro.

Cynthia Forsythe tenía veintiséis años y parecía preocuparle más que hubiera fumado un puro que besar a un extraño.

—O lo toma o lo deja —contestó Rick, dándose la espalda—. Voy a contar hasta veinte y luego me daré la vuelta.

—Pero bueno... Esto es absurdo.

—Uno... dos... tres...

Cynthia se puso a nadar con todas sus fuerzas y enseguida llegó a la orilla. Rick la oyó inclinarse para ponerse el bañador y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no darse la vuelta y mirar.

Estaba detrás de él. Olía a mar, pero también a limpio y a algo dulce y delicioso.

Podría haber tomado su ropa y salir corriendo, pero no lo hizo.

—Muy bien, ya estoy. Puede darse la vuelta.

—Cierre los ojos —dijo Rick entonces.

—Ah, claro. Para que no pueda darle su descripción a la policía.

Rick se volvió. Ella había cerrado los ojos. Era preciosa de cerca, y su rostro seguía siendo tan bonito como cuando era una cría. Tenía los pómulos altos, los labios generosos, la nariz pequeña... Tenía el pelo mojado y parecía más oscuro, pero a la luz del sol sería de un tono rubio oscuro o castaño claro. Y se alegró de ver que no llevaba reflejos o mechas, como dictaba la moda.

Y el vestido que llevaba sobre el bañador tampoco era moderno. Todo lo contrario. Pero estaba mojado y se pegaba a sus curvas... Tenía más curvas que antes, pensó. Eso le recordó que ahora era una mujer, no una niña.

Y también le recordó que no la conocía en absoluto.

Pero su boca seguía siendo tan preciosa como antes, muy generosa, de labios gruesos y jugosos.

— ¿Qué va a decirle a la policía? ¿Que le he robado un beso?

—Venga, hágalo de una vez —replicó ella, airada—. Pero si sabe a puro, seguramente le vomitaré en los zapatos.

Rick la miró durante un segundo y luego se inclinó para rozar sus labios.

Sabía a la inocencia, a la dulzura que había sospechado. Y, a pesar de que había dicho que le daría asco el sabor del puro, sus labios eran suaves, sumisos, casi invitadores.

¿Cómo podía ser Cynthia ambas cosas a la vez? ¿Cómo podía ser dulce e inocente y, sin embargo, invitar a un extraño a que la besara con pasión abrasadora en mitad de la noche, en medio de una playa desierta?

— ¿Va a llamar a su marido para que me dé una paliza?

Tenía que saberlo.

—No estoy casada —contestó Cynthia.

—Ah.

Rick vio que empezaba a abrir los ojos y se los tapó con su mano. Recordaba perfectamente que tenía unos ojos preciosos. Eran una mezcla fascinante de bonitos colores: verde, castaño, dorado...

—Buenas noches, princesa —murmuró, alejándose por la arena.

No había conseguido nada, y mucho menos vengarse. Además, se sentía increíblemente abrumado por el beso, por aquel encuentro con un antiguo amor.

Cuando llegó a los jardines del hotel se volvió para mirarla. Seguía parada en la playa, con una mano sobre los labios.

La brisa le levantaba un poco el vestido, apretándolo contra sus pechos y sus muslos, y mecía suavemente su pelo. Allí, recortada contra el cielo oscuro, parecía una diosa recién salida del mar.

Rick se sintió frustrado y tuvo que contener un suspiro. Le dolían las cicatrices de la cara y eso le recordó que él no tenía nada que ofrecerle a una diosa.

Capítulo 3

Cynthia se quedó totalmente quieta, con la mano sobre los labios, mirando la oscuridad que se había tragado al extraño. Había desaparecido por completo en un instante, como si fuera un fantasma o una criatura de la noche.

La brisa del mar acariciaba su cuerpo mojado y sintió algo... sintió una emoción extraña, se sintió otra persona, como una diosa abrazada por la oscuridad.

—Criaturas de la noche y diosas —repitió en voz alta, irónica, mientras tomaba lentamente la toalla.

Pero no quería dejar de verse a sí misma como una mujer seductora que había tentado a un hombre perfectamente normal para... aquel jueguito del beso.

Porque, aunque había sido algo rarísimo, tenía la sensación de que él no lo era. No la había besado con ansia ni con torpeza, y el beso no le había dado asco. Todo lo contrario. Sus labios le habían contado secretos... Le habían dicho que era un hombre fuerte, con carácter, un hombre que no tenía por costumbre besar a mujeres extrañas en la playa.

— ¿Qué estás pensando?

¿Por qué lo excusaba? Aquel hombre era un bárbaro que la había obligado a besarlo. ¿Qué persona civilizada exigiría un beso en lugar de alejarse educadamente de la playa como ella le había pedido?

El problema era que no le había parecido ningún bárbaro. Aunque tenía que serlo. Un bárbaro o un pirata.

—Me ha tomado el pelo —murmuró.

Pero no estaba indignada. Sencillamente, fingía sentir lo que su madre le habría dicho que debía sentir.

Suspirando, buscó sus sandalias pero no pudo encontrarlas en la oscuridad, de modo que decidió dejarlas y tomó el camino que llevaba a su suite. Pero en lugar de volver corriendo, por si acaso se encontraba de nuevo con el pirata, fue caminando despacio. Le gustaba sentir la arena entre los dedos de los pies y luego el cálido pavimento de ladrillo. Mientras paseaba, respiraba el delicioso aroma de las flores... y pensaba en él.

La había tocado. Había sentido la áspera palma de su mano en la mejilla mientras rozaba sus labios.

¿Por qué no se había apartado?

—Un trato es un trato —murmuró—. Aunque sea con el diablo.

Pero sabía que estaba mintiéndose a sí misma. Le había gustado el beso. Y el sabor a puro no le había hecho vomitar, todo lo contrario; le había parecido un sabor muy masculino, muy sensual. Embriagador.

Desde que los labios de aquel extraño rozaron los suyos, el resto del mundo desapareció, siendo reemplazado por otro diferente. Un mundo de sensaciones, de

aromas. Había entrado, sin darse cuenta, en el mundo del deseo, algo tan poco familiar y tan exótico para ella como la visita a un país extranjero.

—Te estás pasando —musitó, asombrada de sí misma.

La noche oscura, las brillantes estrellas, el mar misterioso, aquel extraño... todo se había combinado para hacerla sentir así. Pero, ¿cuándo fue la última vez que sintió la fina arena bajo sus pies? No sólo tocar la arena, sino sentirla como si todos sus sentidos se hubieran despertado de un largo sueño.

Cynthia se sentía viva.

—Como la Bella Durmiente al despertar después de un beso —susurró.

Y luego soltó una risita.

Princesas, piratas, criaturas de la noche...

Evidentemente, su vida era de lo más aburrida...

Cuando entró en la habitación comprobó, aliviada, que su madre no había vuelto todavía. Su madre tenía un sexto sentido para adivinar cosas que no tenía por qué adivinar, y ella no quería darle ninguna explicación.

Con la espalda apoyada en la puerta, Cynthia cerró los ojos y respiró profundamente. Seguía sabiendo a él, seguía oliendo el aroma del puro...

— ¡Déjalo ya! —se ordenó a sí misma.

Luego entró en la habitación y se fijó en la novela que había dejado sobre el sofá: Ardientes besos del desierto. Jasmine y el jeque. ¿Tenía que buscar más allá? Había sido esa novela lo que la había hecho entrar en aquel extraño estado mental. Su madre tenía razón, esas novelas eran literatura barata. Decidida, tiró la novela a la basura.

Luego entró en su dormitorio, se quitó el bañador y miró el pijama, que había dejado sobre la cama. Un pijama con conejitos. ¿Lo había comprado ella misma? ¿Cuándo? ¿Estaba ciega? Un pijama con conejitos para una mujer de veintiséis años...

En aquella última hora había hecho tres descubrimientos increíbles: le gustaba caminar descalza sobre la arena, le gustaba nadar desnuda de noche y se moriría por besar a aquel extraño otra vez.

¡Ella no era la clase de mujer que se ponía un pijama de conejitos para dormir!

Unos minutos después, en la cama con una camiseta y las braguitas, intentó recuperar el sentido común.

—Necesitas un pijama nuevo, de acuerdo. Y quizá alguna afición, algo emocionante. Fotografía, cerámica...

Sí, eso sonaba muy excitante.

—Esquí, hacer skateboard...

No.

—Tirarme en paracaídas, hacer puenting...

Pero una vocecita dentro de su cabeza le decía «ardiente besos tropicales».

—Cállate —le ordenó.

Pero antes de quedarse dormida, le pareció oír una voz dura, grave y oscura. Una

voz que la hizo sentir escalofríos.

«Buenas noches, princesa».

—Buenas noches —musitó.

Cuando despertó era de día y se sentía feliz. Llena de ilusión. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había despertado así, con esa sensación de anticipación, con la emoción de lo que el día podría ofrecerle.

Seguramente no volvería a ver a aquel extraño nunca más, pero... quizá fuera un cliente de La Torchére.

Se estaba convirtiendo en una verdadera solterona, pensó entonces. Una solterona patética que hacía castillos en la arena y soñaba con amores imposibles que sólo ocurrían en las películas.

Además, debería sentirse insultada. Ofendida. Si volvía a encontrarse con ese hombre, ¿qué iba a hacer? ¿Desmayarse como una damisela? ¡No, claro que no! Nunca le daría esa satisfacción. Se portaría fríamente, retándolo a robarle otro beso...

Un golpecito en la puerta la sacó de su ensimismamiento. Pero no quería encontrarse con el mundo real todavía. Aunque, dado lo impredecible de aquel sitio, entraba dentro de lo posible que fuera él.

¿Y si la había seguido? ¿Y si se había quedado tan ofuscado por aquel beso como ella? ¿Y si aparecía con un precioso ramo de rosas en la mano...?

Sin pensar, como si fuera una colegiala, se levantó de la cama y fue a abrir la puerta. Pero al otro lado no había nadie. Decepcionada, comprobó que no era el exótico extraño sino su madre llamándola para desayunar desde su habitación.

—Cariño, ¿te has levantado?

—Mamá, tú nunca te levantas antes de las doce. ¿Qué pasa?

—El barón Gunterburger, Wilhelm, me ha convencido para que desayunemos con él —contestó su madre, entrando en la salita con un precioso salto de cama, pero perfectamente maquillada—. Anoche se quedó muy desilusionado por no poder conocerte. Se marchó bastante temprano, pero me hizo prometerle que te llevaría conmigo esta mañana... —Emma se detuvo abruptamente—. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

— ¿Yo? Estaba en la cama.

—Ya, pero... no sé, noto algo raro —dijo mirándola fijamente.

— ¿Ah, sí? —murmuró Cynthia, fingiendo inocencia.

Aunque era inocente, ella no había hecho nada. Sólo se había dejado besar por un completo extraño en una playa desierta, de noche. Y con los ojos cerrados.

Muy sensata no era, no.

—No llevas el pijama.

—Ah, sí, bueno... es que hacía calor.

— ¿Llevas algo debajo de la camiseta?

— ¡Madre!

—Es que parece como si... como si hubieras estado revolcándote.

— ¿Revolcándome? —repitió Cynthia, atónita—. ¿Revolcándome?

— ¿Hay alguien contigo en la habitación?

Tenía veintiséis años y su madre sabía perfectamente que nunca había habido nadie en su habitación. De modo que abrió la puerta con decisión y le mostró la cama revuelta... y totalmente vacía.

—Pues no sé, parece...

— ¿Qué parece, mamá?

—Bueno, déjalo. Venga, tienes que arreglarte para desayunar con Wilhelm.

— ¡Huy, qué tarde es! —exclamó ella, volviéndose para que no viera que se había puesto colorada. Lo mejor para que su madre la dejara en paz era seguirle la corriente—. Nos vemos en el restaurante en media hora.

—Te va a encantar, ya lo verás.

De modo que lo de revolcarse estaba bien, siempre que se hiciera con un barón, pensó Cynthia, irónica. Mientras se duchaba, y para animarse, empezó a pensar que quizá el extraño fuera el barón. Su madre había dicho que se marchó pronto de la cena. ¿Y si fuera él? Aunque no había detectado ningún acento extranjero... pero podría haberse educado en Estados Unidos. Además, un barón millonario seguramente no tendría acento. Incluso podría haberlo disfrazado con esa voz que más bien parecía un rugido.

Sintió un escalofrío al recordar la voz del extraño. Una voz que le había parecido hecha de tierra y de seda. Imposiblemente sexy, imposiblemente masculina.

Media hora después, Cynthia se preguntaba si su madre tendría razón.

¿Cómo no iba a gustarle el simpatiquísimo barón alemán? Si lo hubiera conocido veinticuatro horas antes, quizá incluso le habría interesado.

Era rubio. Tenía unos intensos ojos azules y unas facciones interesantes. Iba vestido de forma elegante, pero informal, y parecía muy atlético.

Pero no era el hombre que había conocido en la playa. Lo supo incluso antes de que hablase, en cuanto lo vio sentado con su madre en el restaurante.

No sabía por qué estaba tan segura, pero había sentido una profunda desilusión nada más verlo.

—Es usted tan guapa como me dijo su madre —la saludó el barón, con una sonrisa llena de promesas.

Cynthia estaba segura de que la chica de la mesa de al lado estuvo a punto de desmayarse cuando besó su mano. Un gesto del viejo mundo, tan cortesano, tan elegante. Que a ella la dejó fría.

Curiosamente, el barón, con todas sus atenciones, con toda sus sonrisas, no le parecía real. Pero, ¿cómo podía parecerle más real el extraño con el que había mantenido aquel curioso encuentro por la noche?

Sin pensar, se encontró a sí misma mirando alrededor, esperando ver a alguien que le resultase familiar. Aunque eso era absurdo, porque no había visto su cara...

pero lo había visto alejarse y sabía que era muy alto, de hombros muy anchos. Y si oyera su voz...

¿Volvería a verlo alguna vez? Pero tenía que verlo. Sentía que, de no ser así, volvería al estado de letargo en el que había estado durante todos aquellos años.

De repente, estar con su madre y con el barón le parecía una trampa. Una trampa que la devolvería al mundo de los «no vivos».

—Lo siento, tengo que irme —dijo, levantándose bruscamente—. Acabo de recordar que tengo que hacer una cosa...

—Tonterías —la interrumpió su madre—. No tenemos nada urgente que hacer. Estamos de vacaciones, cariño.

Cynthia miró a su madre, pero vio algo diferente.

Se vio a sí misma de pequeña, inclinada sobre la cama de su padre moribundo.

—Prométemelo, Cynthia, prométemelo —le había dicho su padre.

— ¿Qué, papá?

—Yo sólo le he traído infelicidad.

Los dos sabían que se refería a su madre. Había sido un matrimonio desastroso. Cuando el atractivo físico de su padre desapareció, se dio cuenta de que no estaba a la altura. Él no podía competir con la sangre azul de su madre, ni con sus amigos de clase alta.

—Cynthia, cuida de ella. Hazla feliz.

Y ella se lo había prometido, así de sencillo. ¿Había sido una promesa difícil de cumplir? Sí, pero era su deber.

Había encontrado una felicidad momentánea en el instituto, pero su madre había cortado la relación de inmediato. Aunque ella seguía recordando a aquel chico tan guapo, aquellas tardes en la moto, abrazada a su cintura, respirando el olor de su chaqueta de cuero...

Incluso recordaba su nombre: Rick Barnett. Rick había despertado su lado más salvaje y había estado a punto de perder la cabeza con él.

—Cynthia, no me mires así —dijo Emma entonces, interrumpiendo sus pensamientos—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

Y ella sentía que había visto un fantasma. ¿Por qué había pensado en Rick después de tantos años, cuando el dolor de haberlo perdido ya estaba olvidado?

—A mí puedes mirarme como quieras —intervino el barón, apretando su mano.

—Eres un encanto, Wilhelm —rió su madre.

—No, en serio, tengo que irme —insistió Cynthia, apartando la mano.

—Pero Wilhelm nos está hablando de su yate. Ha venido en él hasta La Torchère...

Cynthia se alejó, sin mirar atrás cuando su madre la llamó, indignada.

Tenía que volver a la playa y no se detuvo hasta llegar allí.

De día parecía diferente, como una postal. Una playa de arena blanca, aguas de color turquesa, palmeras balanceándose con la brisa... pero faltaba algo esencial. La

magia. El misterio.

Suspirando, se dejó caer sobre un banco de madera colocado estratégicamente sobre la arena y miró el mar, de color jade a aquella hora, intentando volver a sentir lo que había sentido por la noche. ¿Sería posible que lo hubiera soñado?

Entonces vio una enorme roca que sobresalía del agua y se quedó sin aliento. Algo de lo que estaba buscando estaba en esa roca...

¿Había estado allí por la noche?

Claro que había estado allí. Una piedra de ese tamaño no aparecía de la noche a la mañana. Tenía forma de oso y parecía enorme, inquieta y poderosa, golpeada por las olas.

—Hola, querida.

Cynthia levantó la mirada y se encontró con una mujer cuyo rostro le resultaba vagamente familiar. Tenía algo que ver con la dirección de La Torchère...

A pesar del elegante vestido, la pobre mujer se parecía a la madrastra de Blanca nieves, pero cuando la miró de cerca comprobó que tenía unos maravillosos ojos de color violeta. Parecían los ojos de una mujer joven.

— ¿Esa roca siempre ha estado ahí?

—Sí, claro —sonrió la anciana.

—Pero yo no la había visto...

—Ya sabes, la marea.

Ah, claro, la marea. Seguramente había aparecido al bajar la marea. Por eso no la había visto antes.

— ¿Puedo sentarme contigo un momento?

—Sí, claro.

—Me llamo Merry Montrose —se presentó la mujer, estrechando su mano.

Y, como los ojos, no fue el apretón de una anciana, sino uno lleno de energía, de vitalidad.

—Cynthia Forsythe.

—Sí, lo sé. Soy la directora de La Torchère. ¿Lo estás pasando bien?

—Éste es un sitio precioso.

—Ah, sí, lo es. Unas vacaciones con tu madre, qué divertido —sonrió Merry—. No es que tenga nada contra tu madre. Me gustan muchísimo sus novelas.

Cynthia sonrió como si hubiese encontrado una conspiradora.

— ¿Eso que hay ahí son un par de sandalias? —preguntó Merry.

—Sí, creo que sí —contestó ella.

Eran sus sandalias, medio escondidas bajo la arena.

— ¿Crees que podría haber habido un encuentro romántico esta noche?

Cynthia miró a la mujer, sorprendida. ¿La habría visto con el extraño?

—No lo sé.

—Esa roca siempre me recuerda una vieja leyenda, un regalo de nuestros nativos. ¿Quieres que te la cuente?

Era uno de esos momentos en los que uno sabía que estaba tomando una decisión importante. Una decisión que podía cambiar su vida.

Una reacción absurda cuando la directora de La Torchère sólo quería contarle una historia, pero...

Pero, ¿no estaba cambiando todo desde aquel beso, desde su encuentro con el extraño? Era como si estuviera hechizada.

—Me gustaría mucho que me la contara —dijo Cynthia por fin.

Merry le dio un golpecito en la mano, como si entendiera su nerviosismo.

—Es una historia que contaban los nativos de la Columbia Británica, cerca de Canadá. Es un sitio lleno de bosques de árboles formidables, donde la naturaleza es muy generosa y, al amanecer, todo está cubierto por una niebla mística. En la niebla todo es posible, ¿sabes? Todo desaparece: la línea entre el cielo y el mar, entre las montañas y los árboles... hasta que es difícil decidir qué es real y qué no lo es. Es una historia de la tribu Tshimshiam. Se llama El oso que se casó con una mujer.

De nuevo, Cynthia sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Aquella roca le había parecido un oso. Además, cuando volvió a la playa todo era diferente. O todo le había parecido diferente hasta que vio la roca...

—En los tiempos antes de la gran tragedia, cuando los hombres fabricaban los tótem y las grandes canoas y celebraban danzas sagradas, antes de que los niños fueran robados de sus casas, los Tshimshiam vivían tradicionalmente cerca del mar con felicidad y abundancia —empezó a relatar Merry—. En esos tiempos había una viuda que tenía una hija muy bella, modesta y trabajadora. La hija tejía cestas y alfombras y vivía castamente. Su pelo negro le llegaba por debajo de la cintura y sus ojos oscuros brillaban como el sol brilla sobre el agua del mar. Era muy deseada como esposa y muchos jóvenes intentaron conquistar su corazón, pero ella los rechazaba a todos. Su madre le dio precisas instrucciones: «Cuando un hombre quiera casarte contigo, toca las palmas de sus manos. Si son suaves, dile que no. Si son ásperas, dile que sí».

Cynthia recordó la aspereza de la mano del extraño cuando acarició su cara y tuvo que contener un gemido...

—La viuda quería un buen hombre para su hija, no un perezoso. Quería un hombre fuerte que fuera capaz de construir una canoa, que supiera sujetar un arpón para pescar. La hija obedeció las órdenes de su madre y rechazó a varios jóvenes. Pero una noche, un hombre se acercó a su cama. En la oscuridad no podía verlo, pero cuando tocó sus manos comprobó que eran ásperas y su corazón se alegró. Lo aceptó y se entregó a él.

Pero, por la mañana, cuando despertó, él se había ido. No le había visto la cara, pero encontraron una enorme trucha en la puerta de la casa. La noche siguiente, envuelto en la oscuridad, el marido volvió con la joven esposa y, de nuevo, se marchó antes de que amaneciera dejando un regalo en la puerta, esa vez una foca. Los recién casados vivieron felices así durante un tiempo. La joven nunca vio el rostro de su

marido, pero cada mañana encontraban una ofrenda en la puerta y cada mañana era más grande que la anterior. La viuda y su hija se hicieron ricas, tenían abundante comida, tenían aceite...

Pero la viuda estaba ansiosa por ser a su yerno y un día esperó hasta que llegó a casa. Al anochecer, vio un enorme oso pardo saliendo del agua. Llevaba al hombro dos ballenas que dejó sobre la playa, pero en cuanto vio que la viuda lo miraba, se transformó en piedra. Era una criatura sobrenatural.

Cynthia miró la roca, incrédula. Sabía cuáles iban a ser las siguientes palabras de Merry.

—Una roca que puede ser vista por las personas que tienen corazón.

Cynthia se estremeció. La noche anterior la había besado un hombre cuyo rostro no había visto, un hombre que había desaparecido como si fuera una criatura de la noche...

— ¿Te ha gustado la historia?

—Me ha parecido muy... extraña.

— ¿Por qué?

— ¿El oso se convierte en una roca? ¿Qué clase de historia es ésta?

—Sí, claro, la mayoría de las culturas prefieren una historia con final feliz —rió Merry.

Habiendo sido ayudante de su madre durante muchos años, Cynthia conocía los mecanismos de la narración, pero lo importante no era eso. Lo importante era que, durante años, su vida había sido absolutamente aburrida y ahora, de repente, en menos de veinticuatro horas, tenía dos encuentros extrañísimos... Era como si los atrajera.

— ¿Nadie sabe qué fue de la joven esposa?

—No —sonrió Merry—. Además, el propósito de las narraciones de los nativos era más bien didáctico. Existían para definir las responsabilidades y deberes de la tribu.

—Pero ella se casó con un oso. Eso no parece tener nada que ver con la responsabilidad o con el deber.

—Los nativos americanos siempre cuentan historias de relaciones entre animales y humanos. Asociaban los poderes espirituales a los animales.

—Entonces, ¿está bien que se casara con un oso?

—Quizá el amor siempre nos coloque en una situación... irreal, sobrenatural —sonrió Merry.

— ¿Y por qué se convirtió en una roca?

—Si le das vueltas a la historia en tu cabeza, quizá puedas entender el significado.

—Eso parece muy complicado. No sabría por dónde empezar.

—Empieza por un elemento de la historia —le aconsejó Merry—. Con el oso. Pregúntate qué significa el oso.

Sintiéndose como si le hubieran puesto deberes, Cynthia observó a Merry, que se alejaba hacia la oficina con el paso de una mujer mucho más joven.

—Qué raro —murmuró—. Qué raro.

¿Qué significaba el oso? Ella no sabía nada de osos.

Pero sí sabía de criaturas de la noche.

Y eso la hizo temblar.

Pero, ¿qué podía perder por pensar un poco? ¿Por buscarle significado a aquella historia que, curiosamente, tenía tanto que ver con su aventura nocturna? Pasó la tarde en Internet, leyendo cosa sobre osos. E intentando hacer dos cosas: no convencerse a sí misma de que la había besado un oso y no fantasear con que, de repente, sonaría un golpecito en la puerta y al otro lado habría un hombre con un ramo de rosas en la mano y unos ojos que, sin saber por qué, Cynthia sabía que serían oscuros como la noche.

Capítulo 4

El día estaba tocando a su fin. Rick, sentado en el suelo con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, dibujaba furiosamente en un cuaderno, intentando capturar en vano su última idea antes de que desapareciera de su cabeza. Pero ya había roto innumerables bocetos y sabía que también terminaría rompiendo aquél.

No podía dejar de pensar en Cynthia. No sabía por qué había querido vengarse, no sabía por qué se había portado como un bárbaro.

Y ahora no podía dejar de recordar el sabor de sus labios, el olor de su pelo...

Sin embargo, pensaba en todas las cosas que le habría gustado preguntarle mientras la mantenía cautiva. ¿Qué había hecho con su vida? ¿Se había convertido en la gran artista que soñaba ser?

No, pensó entonces. La Cynthia que él recordaba no le habría contestado. Sencillamente, habría levantado la cabeza, orgullosa, para replicar que no era asunto suyo.

Pero la pregunta más importante era si volvería aquella noche a la playa. Era en eso en lo que había intentado no pensar durante todo el día, sin éxito.

¿Y él? ¿Qué haría si volviera?

—Marcharte, si tienes un poco de sentido común —se contestó a sí mismo.

Pero sabía que no podría hacerlo. Rick tachó furiosamente el techo que estaba dibujando. No, demasiado normal, demasiado a la moda, demasiado vulgar...

Entonces oyó que alguien se acercaba por el camino y se quedó muy quieto. No quería ver a nadie, no quería contestar a ninguna pregunta.

¿Siempre había sido así de antisocial? La respuesta era no y él lo sabía. Pero a partir del accidente lo único que lo aliviaba era la soledad. Y con sus nuevas excentricidades casi había perfeccionado el arte de hacerse invisible. Pero, ¿y si era ella?

¿Y si era Cynthia? Si seguía siendo la chica que conoció ocho años atrás en el instituto, seguramente le daría un bofetón. Y se lo merecía.

Pero luego la tomaría entre sus brazos y buscaría esos labios...

—¡Señor Barnett, por fin lo encuentro!

Sus sueños colisionaron de frente con la realidad. Porque no era Cynthia, sino Merry Montrose.

Para ser una mujer mayor, y no muy agraciada, vestía maravillosamente bien. Aquella tarde llevaba un elegante traje de seda rosa y se movía como una reina.

—Qué sorpresa encontrarlo aquí. ¿Está pensando en levantar la capilla en esta zona de la playa?

—Aún no he elegido el sitio —contestó él, malhumorado—. De hecho, estaba pensando en renunciar al encargo.

—Pues la verdad es que a mí me parece un sitio perfecto —siguió ella, como si

no lo hubiera oído.

—Señorita Montrose, yo no soy el arquitecto adecuado para construir esta capilla —suspiró Rick.

—Claro que lo es. Sólo el hombre adecuado podría haber encontrado este sitio. Casi puedo ver la capilla frente al mar...

—Pues qué suerte. Yo, desde luego, no puedo ver nada.

Merry miró el dibujo que había estado haciendo.

—Eso está bien.

—Es horrible, vulgar, sin inspiración.

—Seguro que es sólo un boceto.

—El problema, señorita Montrose, es que debo entender el propósito de un edificio antes de diseñarlo.

—Pues la función es muy sencilla, señor Barnett, es una capilla. Generalmente, las capillas se usan para celebraciones religiosas, como bodas, por ejemplo.

—Pero hay algo más allá de la mera función. Algo más sutil, más difícil de entender —respondió Rick con frustración.

Merry Montrose lo miró fijamente, con una sonrisa en los labios.

—Usted es más que un arquitecto, señor Barnett. Usted es un artista. ¿Qué cree que hay más allá de la mera función de una capilla?

—Tienen que ser precisamente las cosas que yo menos entiendo: confianza, fe, amor, esperanza.

—¿Usted no entiende de eso?

—No.

—Pues yo creo que hay un romántico bajo ese exterior tan cínico.

Merry tomó un papel arrugado del suelo y lo estiró con la mano.

—¿Qué tiene de malo este boceto? Es precioso, mejor de lo que yo podría haber imaginado. O sea, que está mintiéndole a una anciana...

—¿Yo?

—Sólo un romántico podría haber diseñado una capilla así.

Era el boceto que menos le gustaba. Parecía una casita de Disney.

—Sí, claro, la capilla de la Bella Durmiente —replicó, sarcástico.

—Para ser un hombre que no cree en el amor, yo creo que aquí lo ha capturado perfectamente —insistió Merry.

—Como le he dicho antes, me parece que no soy el arquitecto más indicado para llevar a cabo este trabajo —insistió Rick, obstinadamente.

—Pues yo estoy segura de que lo es —respondió Merry convencida.

Él cerró el cuaderno de dibujo.

—No voy a tomar una decisión hoy mismo. Además, es demasiado tarde para seguir dibujando. Casi no hay luz.

—Espero que no se rinda —dijo Merry entonces.

—¿Perdón?

—Déle un poco de tiempo. Ya verá como aparece.

—Sí, supongo que sí.

Tenía la impresión de que estaba refiriéndose a... Pero no, no era posible.

—Qué bonita está la playa de noche —suspiró Merry—. El sol esta poniéndose sobre el horizonte... ¿lo ve?

Rick miró hacia el mar y vio algo que no había visto antes. Una roca, una roca enorme en medio del mar.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Esa roca. No la había visto antes. Parece un oso.

—¿Verdad que sí? Por cierto, usted me recuerda a un oso.

—Antes era un romántico y ahora soy un oso —sonrió Rick.

—Estoy segura de que puede haber osos románticos —replicó Merry.

—Supongo que le recuerdo a un oso porque siempre estoy enfadado.

—Y porque es usted muy poderoso.

El dejó escapar un suspiro.

—Lamentablemente, ya no me siento poderoso.

—El poder de una persona no está en su apariencia. Está en el descubrimiento de su propio espíritu.

Rick la miró y se dio cuenta de que debía de haber sido muy guapa de joven. Parecía la clase de mujer que lloraba la pérdida de su belleza cada día, además. Y lo suyo había sido culpa del paso de los años. Había tenido tiempo para acostumbrarse.

—Si me quito este diamante —dijo Merry entonces, mostrándole un solitario del tamaño de una pelota de golf—, y lo restriego por la arena, no cambia lo que es.

¿Y si la mitad se hubiera roto, como su cara?, le habría gustado preguntarle Rick. ¿Cambiaría eso su valor?

Pero la señorita Montrose era la clase de persona que tenía respuesta para todo y decidió no arriesgarse.

—Es muy interesante que yo le parezca un oso —dijo Rick entonces, cambiando de tema—. Un anciano nativo me dijo una vez que yo tenía la energía de un oso.

—¿En serio? —sonrió la señorita Montrose.

Pero parecía estar fingiendo, como si ya lo supiera. Como si lo supiera todo. Pero no podía ser, él no se lo había contado a nadie.

—Bueno, ya casi se ha hecho de noche —murmuró Rick, incómodo.

—Mire, alguien viene hacia la playa. Qué raro. Normalmente, la gente viene para ver atardecer, pero ya ha anochecido.

Él miró de inmediato, pero no era Cynthia.

—Ah, vaya, es el pobre barón Gunterburger.

¿Pobre? Era un hombre joven, atractivo, que vestía y se movía como sólo lo hacían los muy ricos. Tranquilo, con total seguridad en sí mismo. ¿Se había movido él así alguna vez? Ya no lo recordaba.

El barón se dejó caer sobre el banco de madera, mirando al mar, pensativo.

—¿Por qué dice «pobre» barón?

—El pobre Wilhelm está acostumbrado a salirse con la suya, especialmente con los miembros del sexo opuesto.

—¿Y?

—Y me parece que en estos momentos hay una jovencita dándole calabazas — contestó Merry—. A menos que haya cambiado de opinión. Quizá hayan quedado aquí, en esta playa. Me encantan las historias románticas. ¿A usted no?

—No.

—De hecho, creo recordar que usted conoce a la jovencita en cuestión.

—¿Cómo?

—¿No me dijo que conocía a Cynthia Forsythe?

Rick tuvo que morderse los labios para no soltar una palabrota. No pensaba dejar que se viera con aquel hombre. ¿Cynthia allí, en aquella playa con el barón? ¿En su playa?

—No se preocupe —siguió Merry, tocando su brazo—. Ella no está interesada. Esta mañana han desayunado juntos y no ha habido química. Por parte de Cynthia, quiero decir.

—No estaba preocupado —murmuró él.

Pero, ¿cómo sabía todo eso Merry Montrose?, se preguntó. ¿Tenía espías por todo La Torchére?

—A su madre le interesa mucho el barón, por lo visto.

—¿Su madre está aquí?

—Sí, Cynthia trabaja para ella. Como ayudante. Están aquí de vacaciones.

¿Cynthia trabajaba para su madre? Rick recordaba sus dibujos... el talento artístico que tenía.

—¿Y a Cynthia no le ha gustado el barón? —se atrevió a preguntar.

—No —sonrió Merry.

Rick lo miró, sorprendido. A pesar de todo, aquél era el hombre que le convenía. Cynthia había dejado claro en el instituto que él no estaba en su liga, que no podía haber nada entre ellos porque pertenecían a clases diferentes. Que ella esperaba algo mejor que un chico sin dinero y sin apellido. No lo había dicho así de claro, naturalmente. No, todo había sido tan delicado, tan elegante que incluso vio lágrimas en sus ojos.

Rick había pasado gran parte de su vida intentando demostrarle que él merecía la pena. Había logrado conquistar el mundo como arquitecto, había salido con las mujeres más bellas... ¿Había soñado alguna vez encontrarse con Cynthia para demostrarle lo equivocada que estaba?

¿Había fantaseado que se casaría con alguien como el barón y viviría en un castillo en Alemania?

Sí, pero aquello no era ninguna fantasía. Aquello era la realidad y estaba

ocurriendo delante de sus narices. ¿Y si la noche anterior Cynthia había pensado que él era el barón? ¿Y si ésa había sido la única razón por la que lo había besado?

No, imposible.

—Hay otras playas más románticas por aquí —dijo Merry entonces.

—¿Ah, sí? —murmuró él, distraído.

—Podría pedirle a la jefa de cocina que preparase una merienda. Con una cestita de picnic, champán, fresas y todo eso.

—Qué interesante.

—Y podría llevársela yo misma para que no se enterase nadie.

Rick la miró, sorprendido. Aquella mujer parecía leer sus pensamientos.

—Muy bien, de acuerdo. Le pagaré lo que haga falta...

—No, no, por favor, señor Barnett. Esto corre de mi cuenta —sonrió dulcemente Merry Montrose.

Capítulo 5

Merry lo observó alejarse con expresión satisfecha. Cada vez se le daba mejor eso de hacer parejas. Una pena que pronto tuviera que dejar de hacerlo.

De verdad, era increíble la poca magia que hacía falta para unir a dos personas. Y lo bueno era que, haciéndolo, ella pronto volvería a ser la que era.

Quizá lo de la magia estuviera sobre valorado. A veces, lo único que hacía falta era entender astutamente la naturaleza humana, plantar una semillita aquí, recoger una novela de la basura, poner cierta prenda de ropa sobre cierta cama...

Quizá lo de poner la roca allí no hubiera sido tan necesario.

Merry miró la roca que sólo tres personas en el mundo verían nunca: Cynthia, Rick y ella.

Qué interesante que un nativo le hubiera dicho una vez que tenía la energía de un oso.

Quizá la magia de verdad fuera algo que ella nunca podría lograr. A lo mejor estaba allí, entre ellos, bailando entre la gente, esperando que se dieran cuenta. ¿Qué podían ser esas maravillosas coincidencias de la vida excepto magia? ¿Qué podía ser lo que había en el aire entre un hombre y una mujer que se atraían excepto magia?

Ella no había hecho nada para que Cynthia y Rick se sintieran atraídos el uno por el otro y tampoco para que llegaran a La Torchère al mismo tiempo.

Pero así había sido.

Y mientras aquel hombre amargado empezaba a mirar dentro de su corazón, ella iba a conseguir una capilla preciosa.

—La vida es maravillosa —murmuró.

Y luego tuvo que sonreír. La antigua Merry nunca habría dicho eso. No se habría dado cuenta. Aunque su bienintencionada pero perversa madrina no tenía por qué saberlo.

Era hora de poner a la jefa de cocina a trabajar. Le encantaba mangonear a su madrina. Aunque a lo mejor le gustaba preparar la merienda. A saber. Incluso podría ponerle un toquecito de magia...

—En fin, pronto volverás a ser la guapísima Merry —canturreó, como desafiando a las más profundas lecciones que había aprendido—. Y esa roca es un toque de clase, diría yo.

Cynthia volvió a mirar el reloj. Sólo habían pasado quince minutos desde la última vez que lo miró. Era demasiado temprano para ir a la playa.

La noche anterior había bajado casi a medianoche y sólo eran las ocho...

¿Estaría él allí?

¿Y si estaba, qué haría?

Cynthia empezó a pasear por la suite, nerviosa. Tomó Ardientes besos del

desierto, que alguna camarera había recuperado de la basura, y leyó un par de párrafos...

El jeque era orgulloso y fiero, pero también lo era Jasmine. Y Jasmine, en secreto, adoraba la mirada orgullosa de su captor, sus sensuales labios...

Cynthia volvió a cerrar la novela. Ella ni siquiera sabía cómo eran los ojos de su captor. Ni siquiera tenía captor, sólo un extraño. Nerviosa, volvió a mirar el reloj. ¡Cuatro horas hasta medianoche! Una mujer podía perder la cabeza en cuatro horas.

Y no podía estar pendiente de que aquel hombre apareciese o no. No podía estar esperando a la medianoche como una cría en su primera cita. ¡Pero si ni siquiera tenía una cita!

Al demonio con él, pensó. No iba a seguir esperando. ¡Se iría a bailar! A su madre le encantaría. A Wilhelm le encantaría. Pero cuando entró en su dormitorio, se quedó parada de golpe.

Sobre la cama estaba todo lo que había comprado en la elegantísima boutique de La Torchère por la mañana. Pero juraría que lo había guardado en el armario para que no lo viera su madre. Para no verlo ella misma...

¿Qué la había poseído para comprar esas cosas?

—Parris Hammond —se recordó a sí misma en un susurro.

Cynthia había conocido a la joven, recién prometida, cuando pasaba por delante de la tienda, y era una chica tan llena de vida, tan alegre, que enseguida se habían puesto a charlar. Había sido Parris quien había señalado aquel camisón de seda roja...

Cynthia lo tocó. Era casi transparente. Casi no, prácticamente transparente.

«A los hombres les encanta el color rojo», le había dicho Parris.

Como Cynthia no tenía ni idea de qué le gustaba a los hombres, se había limitado a sonreír.

«Mira este bañador. Si a tu chico le gusta el rojo, se va a volver loco».

¿Para qué iba a contarle que no había ningún «chico» en su vida?, se preguntó Cynthia. De modo que, al lado del camisón rojo, había un bañador rojo también. Un bañador muy escotado.

Cuando se lo puso en el probador se quedó extasiada. Había pasado de ser la aburrida ayudante de una escritora a una mujer cuya vida estaba llena de posibilidades.

De repente, la idea de ir a bailar con el barón le apetecía tanto como ver un documental sobre la recolección de los pepinos. Cynthia se quitó la ropa y se puso el bañador. Luego se colocó el pareo a juego alrededor de la cintura y se dio una vueltecita frente al espejo.

Había tomado una decisión.

Después de arreglarse un poco el pelo y tomar la toalla, se dirigió a la playa. Aunque no fuera medianoche.

Acababa de salir al camino cuando notó que se movían ligeramente los arbustos. Y entonces reconoció un aroma... aftershave y el olor a tabaco de puro.

—Sigue caminando —le dijo una voz, tan ronca y tan sensual como la caricia de una mano áspera en su cara—. Espera, párate ahora—. Estaba detrás de ella. —No te vuelvas.

—¿Quién eres? —preguntó Cynthia—. ¿Un pervertido que se esconde entre los arbustos y en playas desiertas para luego exigir besos?

—Al menos, yo voy vestido.

—¿Y cómo voy a saber si vas vestido o no?

Él rió. Tenía una risa ronca, tan sexy como su voz.

—Tendrás que aceptar mi palabra.

—Voy a contar hasta tres y luego me daré la vuelta...

—No —la interrumpió él—. Por favor.

No quería que le viera la cara. ¿Por qué? ¿Un hombre con esa voz tan sensual, con un cuerpo tan perfecto podía ser feo? ¿Era por eso por lo que no quería que lo viera?

Por alguna razón, Cynthia no quería que supiera que había adivinado su secreto. Quizá porque no quería que se fuera y no volviera nunca.

La idea de no volver a verlo le partía el corazón.

—Sigues sin querer que pueda darle tu descripción a la policía.

—Así es —dijo él—. Especialmente después de lo que tengo planeado para esta noche.

—¿Planeado?

Quizá se estuviera arriesgando demasiado, pensó. Pero su vida era tan aburrida... Lo único emocionante que había en ella era la historia de Jasmine y el jeque.

—Voy a secuestrarte.

A lo mejor no había sido la camarera quien había recuperado la novela de la basura.

—¿Has estado en mi habitación?

—¿En tu habitación? ¿Y qué demonios hay en tu habitación que obligue a un hombre a secuestrarte?

—Ya te gustaría saberlo.

—Pues sí —contestó él, poniéndole algo muy suave sobre los ojos, quizá un pañuelo de seda.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya te lo he dicho, secuestrarte.

—Podría ponerme a gritar —le advirtió Cynthia.

—Sí, podrías.

—Y podría salir corriendo.

—Sin duda.

—Seguramente, podría ponerte un ojo morado.

—Me sorprende que no lo hayas hecho.

—Es absurdo seguir adelante con esto...

—¿De verdad? ¿Por qué? Estamos en una isla llena de gente y de aquí sólo se puede salir en barco o en avión, así que no puedo llevarte muy lejos. ¿Qué hay de absurdo en vivir una pequeña aventura? ¿Qué hay de malo en decir que sí a algo que nunca has hecho antes?

—¿Y tú qué sabes? Podrían haberme secuestrado en otra ocasión.

—No pareces el tipo de mujer que vive grandes aventuras —replicó él, riendo.

Eso la silenció. ¿Incluso con su bañador nuevo no parecía una aventurera? Pues ella le demostraría que era exactamente ese tipo de mujer.

Su madre le diría que estaba loca, que no podía fiarse de aquel extraño. Su madre, si supiera lo que estaba pasando, se pondría a aletear histérica como una gallina al ver un coyote.

Pero ella no era su madre.

Se le ocurrió pensar entonces que había confiado en el instinto de su madre más que en el suyo. Como la joven de la historia que Merry Montrose le había contado por la mañana.

«Y mira lo que le pasó. Se casó con una roca».

—Bueno, princesa, ¿qué dices?

Por una vez en su bien ordenada vida, iba a decir que sí, pero no fue eso lo que le dijo al extraño:

—Si yo pudiera elegir no sería un secuestro, ¿no?

Él rió de nuevo y ese sonido hizo que todo pareciese bien. Era como si lo conociera de siempre.

Entonces sintió que tomaba su mano.

—Confía en mí —le dijo en voz baja.

—Se supone que no se debe confiar en un secuestrador —replicó Cynthia que, sin embargo, se dejaba llevar por un camino que, estaba segura, la llevaría a una nueva forma de ver la vida.

Y pensaba echarle valor.

Capítulo 6

— ¿A donde vamos? —preguntó Cynthia, aunque la verdad era que le daba igual. Estaba con él y eso era lo único que le importaba.

—Tengo una sorpresa para ti.

Una sorpresa para ella. Cynthia se sentía como una cría que acudía a su primera fiesta de cumpleaños.

Pero él no debía saberlo.

—¿Y si no me gustan las sorpresas?

—Esta te gustará —dijo él con total seguridad, como si la conociera, como si supiera cosas sobre ella que no sabía ni ella misma.

Cynthia no dijo nada. ¿Para qué? El extraño la guiaba hacia algún sitio y se sentía segura con él. Incluso con los ojos tapados. De hecho, la experiencia era embriagadora. La palabra «erótica» no podría describirla siquiera.

Aunque, la verdad, su experiencia en asuntos eróticos era más bien limitada.

—¿Y si alguien nos ve? —preguntó Cynthia entonces.

—¿Te preocupa mucho lo que piense la gente?

—Sí —contestó ella.

Aunque era menos cierto en aquel momento que quince minutos antes. Se estaba enamorando de su voz. Era tan ronca, tan baja, tan áspera... Era como si la acariciara con esa voz.

Pero quizá a él no le importara nada lo que pensara la gente. Eso debía de ser muy liberador. Porque ella se había criado con la frase: «Cynthia, por favor, ¿qué va a pensar la gente?».

—Si alguien nos viera, que lo dudo, se quedaría encantado. Un hombre enamorado llevando a una joven preciosa a algún sitio para darle una sorpresa... Seguramente sonreirían, preguntándose dónde vamos. Especialmente si hago esto.

Cynthia notó sus labios sobre el hombro desnudo y dio un respingo.

—Espero que no pienses que me estás seduciendo —murmuró, intentando controlar los latidos de su corazón.

Pero sabía que la estaba seduciendo. Más que eso. Estaba perdiendo la cabeza. Tenía que pelear.

—Y no estamos enamorados. Ni siquiera me conoces —añadió ella.

Él suspiró.

—Creo que debería haberte puesto el pañuelo sobre la boca. Calla y disfruta.

—¿Disfrutar de qué? Estoy siendo secuestrada por un lunático.

—A veces, cuando se pierde la visión otros sentidos se despiertan. ¿Puedes sentirlo? ¿Puedes concentrarte en lo que notas ahora y podrías no haber notado antes?

Ella nunca había sentido los labios de un hombre sobre su piel sin previo aviso... en realidad, nunca había notado los labios de un hombre sobre su piel. Y tampoco

sabía que esa sensación pudiera hacer que se le doblaran las rodillas, pero se daba cuenta de que su captor hablaba por experiencia.

¿Sería ciego? Evidentemente, no. Pero podría tener algún problema de visión. Un momento extraño para recordar lo que había descubierto sobre los osos, pero lo recordó.

Los osos tenían una visión muy pobre, pero lo compensaban con otros sentidos, como el olfato y el oído.

Cynthia sentía el pañuelo de seda sobre los ojos. Y olía bien, a tierra, a jabón, a un aroma masculino muy limpio.

Y el roce de su mano irradiaba fuerza. Tenía los ojos tapados por el pañuelo, pero sentía como si pudiera ver de verdad por primera vez en su vida. Podía ver un mundo lleno de promesas, un mundo de magia, un mundo donde lo que no se veía era más importante que lo que podía verse.

Podía sentir la fuerza de su espíritu y, de nuevo, sintió como si lo conociera. Ver su cara sólo la habría distraído.

Ella sabía que cuando miraba la cara de la gente de inmediato emitía un juicio. Eran demasiado altos, demasiado bajos, demasiado gruesos, demasiado delgados. Sus narices eran demasiado grandes o estaban operadas. Todos esos juicios evitarían que experimentase lo que estaba experimentando en aquel momento.

Esperanza.

Esperanza de que, quizá, algo llamado amor existiera de verdad.

¿Amor?

—¡Uf! —exclamó.

Iba demasiado deprisa. Como su corazón.

—¿Va todo bien? —preguntó él.

Podría haber contestado que nunca había ido mejor, pero sonaría patético. De modo que no dijo nada, pero se apoyó en él, preguntándose cuándo se había apoyado en alguien por última vez. Ella era independiente, o creía serlo. ¿Cómo podía gustarle ir a ciegas con un hombre al que no conocía de nada y en el que se apoyaba para no tropezar?

—¿A dónde me llevas? —repitió.

—A un sitio tan oscuro que no podrás saber dónde empieza el cielo y donde terminar el mar. Donde la oscuridad borra la línea entre lo que es real y lo que no.

Cynthia sintió un escalofrío. Esas palabras eran muy parecidas a las que había pronunciado Merry cuando le contaba la leyenda.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

Él rió suavemente.

—Nadar, comer, hablar. Vamos a encontrar el sol en la oscuridad más absoluta.

—Ah. Un secuestrador poeta.

—Algunas mujeres inspiran poesía.

Ella tropezó al oír eso.

—¡Y yo no soy una de ellas!

—¿Quién te ha dicho eso?

Cynthia no contestó. Poco después, él se detuvo y Cynthia notó que daba la vuelta para colocarse de frente. Sintió sus dedos en la barbilla. Sabía que estaba estudiándola intensamente y le gustaría hacer lo mismo. Pero antes de que el deseo fuera absolutamente irresistible, sintió el roce de sus labios...

No la besaba como la noche anterior. No con dominación, no como parte de un juego perverso, sino suave y dulcemente, como dándole la bienvenida.

—Ay, Dios mío —murmuró Cynthia, entregada, abriendo los labios para recibir sus caricias.

Estaba atónita por las sensaciones que el beso a ciegas provocaba. Temblando. Y por primera vez, se dio cuenta de que había subestimado la fuerza de aquel extraño.

Notaba la dureza de su torso, su estómago plano, los poderosos muslos...

Podría haberse apartado y quizá debería, pero no lo hizo. Todo lo contrario. Y él tenía razón, estaba saliendo el sol en la oscuridad más absoluta.

Y entonces, abruptamente, él se apartó. Músculos que estaban relajados se pusieron tensos. Era como un animal, alerta ante un peligro que ella no podía ver. Pero estaba segura de que él había aguzado el oído...

—¿Qué pasa?

Notó que él se apartaba y luego, unos segundos después, se colocaba a su espalda. Después de quitarle la venda, le dio un suave y dulce beso en el cuello y... Cynthia se quedó descolocada por la oscuridad y el silencio de la noche.

Y entonces se dio cuenta de que él se había ido.

¿Dónde estaba? Podía oír algo, seguramente lo que lo había hecho desaparecer. Una risa femenina, la voz de un hombre, un sonido mecánico...

Y entonces un cochecito de golf apareció de repente. Iba a toda velocidad y Cynthia tuvo que dar un salto para apartarse de su camino. La mujer que reía era su madre... Pero no era su madre, sino una mujer abandonada, con el pelo suelto. Jerome Carrington iba al volante haciendo ruidos con la boca. Por lo visto, fingía estar conduciendo un coche de carreras. Y su madre estaba encantada.

Pasaron a su lado sin verla y Cynthia se quedó helada al ver la expresión abandonada de Emma Bluebell Forsythe.

¿Tendría algo aquel sitio, La Torchère, que volvía loco a todo el mundo?, se preguntó. ¿Algún tipo de magia que les hacía ver cosas en sí mismos que no habían visto antes? ¿Cosas que les hacían perder el control?

Entonces se preguntó si perder el control era tan beneficioso.

Su madre le había advertido durante toda la vida sobre ese tipo de error y dónde podía llevar a una mujer. A un embarazo indeseado y a un marido con tripa cervecera viendo la televisión.

Jerome y Emma se alejaban y Cynthia dejó escapar un suspiro de alivio. Pero enseguida oyó la voz de su madre.

—¡Para, Jerome! Es Cynthia.

Antes de que ella pudiera desaparecer como había desaparecido el misterioso extraño, el carrito de golf daba la vuelta y se detenía a su lado.

No sabía quién de las dos miraba a la otra con más sorpresa.

—¿Qué estás haciendo?

Las dos hicieron la pregunta al mismo tiempo.

—Jerome me está enseñando la isla —contestó su madre.

—Por la noche y a toda velocidad —sonrió Cynthia—. Casi me atropelláis.

—Lo siento —se disculpó Jerome—. Tu madre hace que me sienta joven y loco otra vez.

Su madre pestañeó coquetamente en su dirección antes de volverse hacia ella con una expresión por completo diferente.

—No esperábamos encontrarnos con nadie en medio del camino. ¿A dónde ibas?

—A nadar.

—La piscina no está en esta dirección.

—Es que no iba a la piscina.

—¿Ibas a la playa?

—Sí.

—No pensarías nadar de noche en el mar, ¿verdad? ¡Cynthia, por favor!

Tal horror debería ser reservado para una aventura más dramática... Como tirarse en paracaídas desnuda, por ejemplo, pero su madre era así.

—¿Por qué no, cariñito? —preguntó Jerome—. Hace una noche preciosa. Yo mismo habría sugerido un bañito en el mar, pero la verdad es que no se me había ocurrido.

Si se le hubiera ocurrido se habría encontrado nadando solo, pensó Cynthia, porque su madre no nadaba. No le gustaba lo que el agua le hacía a su pelo y mucho menos a su cuidado maquillaje.

—Nadar de noche es peligroso. ¿Y si te ataca un tiburón? Posiblemente haya todo tipo de tiburones por aquí... y no me refiero sólo a los que viven en el mar. Por favor, Cynthia, vestida así, además...

—Esto no es exactamente un lugar peligroso —suspiró Jerome—. Y va muy guapa, me parece a mí.

—Sube al coche, Cynthia —le ordenó entonces su madre.

Cynthia se percató de que, unos minutos antes, estaba pensando que ella era una mujer independiente. Pero era mentira. Durante toda su vida había vivido la vida de otra persona. Nunca había vivido aventuras, nunca se había arriesgado, nunca había perdido el control. Y creía que eso estaba bien.

Pero ahora ya no estaba tan segura.

—Sube al coche —repitió su madre.

Cynthia sabía que Emma montaría una escena si no obedecía e imaginaba que su hombre misterioso estaría por allí cerca. No le apetecía tener una bronca con su

madre delante de él. Y delante de Jerome, que parecía incomodísimo.

Pero había algo más: aquella noche, Cynthia había descubierto un lado de sí misma que no conocía.

Y eso la asustaba.

Como la había asustado una vez, ocho años antes, cuando iba en aquella moto con Rick Barnett. Ese chico también había conseguido despertar su lado salvaje. La había asustado entonces y la asustaba ahora.

Jerome la miró con simpatía mientras subía al coche y, cuando llegaron a la suite, su madre la avisó de lo que le esperaba:

—Voy a despedirme de Jerome y luego quiero hablar contigo —le dijo seriamente, como si fuera una quinceañera a la que hubiese pillado fumando.

Con la cabeza bien alta, Cynthia entró en su habitación y cerró la puerta.

Tenía la impresión de que a Jerome no le había hecho gracia la escena. Podía oírlos discutir en la puerta y, mientras la voz de su madre era cada vez más chillona, el tono de él era más tranquilo.

Unos minutos después, Emma entraba en la habitación y se colocaba frente a ella de brazos cruzados, dando golpecitos en el suelo con el pie.

—Cuéntame qué está pasando.

Por el tono de su voz, Cynthia supo que era una orden, no una petición.

—Ya te lo he dicho. Iba a nadar —respondió con aplomo.

—Tú no vas sola a nadar de noche. Por si nadar en el Atlántico de noche no fuera suficientemente peligroso, ¿qué habría pasado si algún hombre con malas intenciones te viese con ese aspecto?

—¿Con qué aspecto? Llevo un bañador y un pareo.

—¿De dónde has sacado ese bañador? —le espetó su madre.

—Lo he comprado en la boutique.

—Ése no es el tipo de bañador que lleva una chica de buena familia. Por Dios bendito, está claro que la sangre tira...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que a veces veo a tu padre en ti y eso me asusta.

Para Cynthia, aquello fue como una bofetada y se irguió todo lo que pudo mientras se acercaba a su madre con gesto airado.

—¿Sabes una cosa? Tú te perdiste lo mejor de papá. Te perdiste su espontaneidad, su amor por la aventura. Espero haber heredado algunas de esas cualidades, la verdad. Y espero que no sea demasiado tarde.

—Has conocido a un hombre —dijo su madre entonces—. Lo supe en cuanto te ví esta mañana. Y debes de sentirte avergonzada de él, porque ni siquiera me lo has presentado.

—Madre, trabajo para ti... y empiezo a darme cuenta de que eso ha sido un terrible error. ¿Sabes que una vez quise ser pintora?

—¿Pintora? ¿Para qué, para morirte de hambre?

Cynthia dejó escapar un suspiro.

—Tengo veintiséis años y quiero nadar de noche en la playa... desnuda.

—¿Desnuda? —repitió Emma, horrorizada.

—Y pienso hacerlo te guste a ti o no. Y si quiero ver a un hombre, lo veré. No voy a pedirte permiso. Voy a vivir mi vida y si no te gusta...

—¿Qué? —la interrumpió su madre, con los ojos llenos de lágrimas.

Cynthia recordó su promesa. Le había prometido a su padre que la haría feliz. Pero, ¿a qué precio? ¿Al de su propia felicidad?

—No te enfades conmigo, hija. Soy tu madre y sólo quiero lo mejor para ti.

—Mira, necesito estar sola —dijo ella entonces, intentando ser más suave—. ¿Te importa dejarme sola?

Su madre se llevó una mano a la sien derecha.

«Empieza a dolerme la cabeza», pensó Cynthia.

—Empieza a dolerme la cabeza —dijo su madre.

—Qué conveniente —murmuró Cynthia, sin poder evitarlo.

—Eso es lo que solía decirme tu padre.

Emma lanzó un sollozo de dolor antes de salir de la habitación.

Cynthia se sentía agotada. Seguramente por todo lo que «tenía y no tenía» que hacer. Seguramente por haberse dejado dominar durante tanto tiempo. Por no haber vivido, que era su única obligación.

Podría salir a buscar a su hombre misterioso, pero ya no le apetecía.

Quizá su madre tuviera razón. Lo que estaba haciendo era peligroso. Estaba tomando decisiones irresponsables. Estaba dejándose guiar por la emoción y no por la razón.

Uno debía controlar sus impulsos y... ¿y cómo iba a haberlos controlado esa noche? Apenas había podido contenerse cuando él la besaba. ¿Qué clase de peligros habría encontrado de no haber sido interrumpidos?

¿Nadar, comer, charlar? Eso no era un peligro. Y estaba segura de que el extraño no iba a hacerle daño.

Suspirando, se quitó el bañador. Miró el camisón rojo, pero ya había echado mano de suficiente rebeldía por aquella noche. Ni siquiera le parecía ser la misma mujer que lo había comprado por la mañana. De modo que lo guardó todo rápidamente en una bolsa y la metió en el armario. Allí estaba su viejo pijama de conejitos y Ardientes besos del desierto reposaba sobre la mesilla.

Cynthia se metió en la cama y empezó a leer. Jasmine y el jeque estaban besándose con abrasadora pasión otra vez y ella se sintió vacía. Tiró la novela contra la pared, apoyó la cabeza en la almohada y se puso a llorar.

No tanto por la discusión con su madre sino por la oportunidad perdida.

¿Dónde la habría llevado esa noche? Él había dicho que iban a nadar juntos... la imagen era tan erótica, tan emocionante, que lloró con más fuerza.

¿Y si no volvía nunca?, se preguntó.

Entonces se le ocurrió pensar que estaba llorando por un completo extraño. Ni siquiera sabía su nombre.

Capítulo 7

Rick esperó hasta que el cochecito de golf desapareció por el camino. Luego salió de entre los arbustos y lo siguió. Enseguida vio a Cynthia bajar del coche y entrar en uno de los bungalows. Luego oyó la chillona voz de su madre mientras volvía a la playa para echar arena sobre las velas encendidas y doblar la manta que tan amablemente le había llevado Merry.

Menuda sorpresa...

Furioso, se quitó la ropa, se metió en el agua y nadó hasta quedar agotado, intentando no pensar cómo habría sido estar allí con ella. Media hora después, frustrado, tomaba la cesta para volver a su habitación.

No era diferente de la última vez. Pero ahora Cynthia era una mujer, no una niña. Y seguía bajo el yugo de su madre. Había subido al coche sin discutir siquiera... era increíble.

Rick se tumbó en la cama y cerró los ojos. Apenas dormía de noche. Había adoptado ese momento del día como suyo porque así había menos oportunidad de encontrarse con gente. Gente que lo miraba con miedo, con piedad, con curiosidad.

No quería ver esas miradas, no quería que nadie sintiera compasión por él.

La noche era suya. Y, sin embargo, se sentía más triste que nunca. Y esa tristeza lo hacía vulnerable. Vulnerable ante Cynthia, que no tenía miedo de él. Si hubiera sentido miedo, seguro que habría dado por terminado el juego de inmediato.

No, ella no tenía miedo. Y lo había besado de una forma tan entregada...

¿Debería intentarlo de nuevo?

No, porque él le había mentado. De haberlos visto alguien no los habría mirado con una sonrisa en los labios, no habrían pensado que eran dos amantes.

No, habrían visto a la bella y la bestia.

En los cuentos funcionaba pero, ¿en la vida real? Desesperado, Rick tomó su cuaderno de dibujo. Aunque Cynthia hubiese madurado, aunque no hiciera lo que su madre le ordenaba y pudiese elegir libremente, ¿por qué iba a elegirlo a él?

Rick tiró el cuaderno y fue a mirarse al espejo, furioso con la vida.

La mitad de su cara era la que siempre había sido. Recordaba a aquel chico, su sonrisa, cómo la había utilizado para conseguir lo que quería...

Cynthia era preciosa. Podría tener al hombre que quisiera, incluyendo al barón Guntermorgen o como se llamara.

—Déjala en paz —se ordenó a si mismo—. Y tú sigue adelante con tu vida.

Suspirando, volvió a tomar el cuaderno de dibujo. Allí estaba el boceto que le había gustado a Merry y Rick supo de inmediato qué era lo que no le gustaba de esa capilla: que no contaba toda la historia. Era demasiado perfecta, demasiado bonita, como si fuera de cuento de hadas.

Pero antes de llegar a la iglesia, mucha gente tenía que recorrer un largo camino,

un camino duro lleno de dudas y de miedos.

Se encontró a sí mismo dibujando unas escaleras de granito negro. Representarían la búsqueda, el reto de enamorarse. Y el suelo de la capilla también sería de granito negro, para representar los momentos duros, las decisiones difíciles. La gente que se atrevía a ir al altar para hacer promesas de amor eterno había experimentado mucho más que la felicidad que sugería el primer boceto. Porque había un gran tormento mezclado con la felicidad, de eso estaba seguro.

Rick miró el dibujo. Estaba actuando como si de verdad fuera a construir la capilla.

Peor, estaba actuando como si él supiera algo del amor.

—¡Ja! He diseñado unas escaleras y un suelo. Nada más.

Pero cuando miró el boceto supo que iba en la dirección correcta.

¿Y con Cynthia? ¿Iría en la dirección correcta con ella?

Pensativo, miró alrededor. Sobre la mesa había una figurita que había estado tallando el día anterior. Pero estaba seguro de haberla guardado en un cajón de la mesilla...

Le encantaba trabajar con la madera, aunque nunca le enseñaba sus tallas a nadie. Le gustaba que ese material pareciese implacable, pero luego se dejara moldear. Cuanta más experiencia adquiría, más secretos le revelaba la madera, más se entregaba a él. Como si fuera una amante.

La talla en la que estaba trabajando en ese momento era muy pequeña, y mostraba la figura de una mujer emergiendo del agua con los brazos levantados, como abrazando la vida, la libertad.

Rick estuvo trabajando en ella sin parar durante horas y, cuando empezaba a amanecer, ya estaba terminada.

Entonces se dio cuenta de que esa figura ya no le pertenecía a él, le pertenecía a Cynthia. Porque la mujer de la talla era ella. Se la dejaría como regalo de despedida, pensó. Nunca le había dado sus tallas a nadie, de modo que sería la primera vez.

Decidido, tomó el camino que llevaba a su bungalow que, probablemente, sería idéntico al suyo. La puerta del patio estaba abierta. Si había tenido alguna duda sobre el «secuestro», aquello dejaba claro que no era una mujer cobarde.

La imaginó durmiendo, con el pelo extendido por la almohada y la frente húmeda por el calor de Florida. Imaginó sus mejillas rojas, su respiración suave...

Allí, de pie en la oscuridad, Rick admitió lo que no había querido admitir desde que un muro le había caído encima y había cambiado su vida para siempre.

Se sentía solo.

Y sabía que lo más probable era que eso no cambiara.

En silencio, se movió en la oscuridad. Empezaba a amanecer y no quería que lo viera nadie. Dejó la talla sobre la mesa del patio y resistió la tentación de entrar en la habitación para mirar a Cynthia.

Pero cuando se daba la vuelta, la luz del amanecer lo desorientó y tropezó con

una silla de metal, que cayó al suelo causando lo que le pareció un estruendo que hacía eco por toda la isla.

Rick se escondió entre los arbustos, conteniendo la respiración, esperando.

Y luego respiró con tranquilidad. Nada. Ningún movimiento. Nadie se había despertado. Estaba incorporándose cuando un movimiento llamó su atención.

Cynthia acababa de salir al patio. Estaba absolutamente preciosa, despeinada, con los ojos llenos de sueños, la marca de la almohada en la mejilla...

Aunque llevaba un pijama de niña, a Rick se le hizo un nudo de deseo en la garganta.

Ella se estiró, miró al cielo y... entonces vio la figurita sobre la mesa.

Y en su rostro Rick pudo ver reflejada auténtica felicidad. Cynthia estudió detenidamente la figurita pasando los dedos por la madera con reverencia y luego, convencida de que estaba sola, se la llevó a los labios para besarla. Con la talla en la mano miró hacia el camino, como esperando...

Rick reconoció el deseo en sus ojos. El mismo que debía de haber en los suyos.

Pero él podía saciar el suyo sólo mirándola. ¿Cómo iba a saciarlo Cynthia?

La vio darse la vuelta, suspirando. No cerró la puerta tras ella.

—Esta noche, princesa —murmuró, sintiendo la exquisita felicidad y el tormento de esa decisión.

Capítulo 8

Se había quedado dormida de nuevo, pero en cuanto abrió los ojos lo primero que vio fue la figurita de madera sobre la mesilla de noche. Sonriendo, Cynthia se estiró. Había dormido como un tronco, como si la figurita hubiera velado por su sueño. Y de pronto el día le pareció lleno de promesas, de sol, de felicidad.

Sentándose sobre la cama, la observó de cerca. Era una figura muy sencilla, una mujer saliendo del agua con los brazos levantados... como buscando aire. O como dándole las gracias a la vida.

¿Sería ella esa mujer?, se preguntó esperanzada. ¿Y quién la habría tallado? ¿Sería el misterioso extraño?

—Creo que lo llamaré H. M., hombre misterioso —sonrió.

No tenía la menor duda de que la había hecho él. ¿Quién si no?

Y lo más curioso era que no sabía si el regalo tenía algo que ver con la leyenda del oso. Era absurdo pensar eso, claro, pero había estado con él por la noche y, por la mañana, él dejaba un regalo en la puerta de su casa...

Sí, definitivamente, La Torchére hacía que la gente se volviera loca, decidió. Porque no tenía ningún sentido encontrar paralelismos entre aquella vieja historia de los nativos americanos que le había contado Merry Montrose y su propia vida, pero eso era precisamente lo que estaba haciendo.

Entonces oyó un golpe en la puerta delantera. Un golpe fuerte, masculino.

Nerviosa, se puso una bata y salió corriendo de la habitación, dispuesta a mirarlo de arriba abajo, a tocar su cara, a verlo todo antes de comérselo a besos...

—¡Jerome! —exclamó Cynthia, echando el freno para no caer en sus brazos.

—Buenos días, Cynthia. Lo siento. ¿Esperabas a otra persona?

«Sí», le habría gustado decir.

—No, claro que no. ¿A quién iba a esperar?

Jerome levantó una ceja y Cynthia se percató de que estaba colorada, despeinada y de que había abierto la puerta como si fuera a echarse en sus brazos...

No solía abrirle así a cualquiera.

—Se suponía que esta mañana iba a desayunar con tu madre, pero llevo un rato llamándola y no contesta. ¿Sabes si se ha ido ya al restaurante?

—No, seguramente es que tiene jaqueca.

—¿Jaqueca? ¿Tiene jaqueca cada vez que quiere manipular a alguien?

Cynthia se quedó mirándolo, asombrada. Pero, aparentemente, Jerome Carrington era muy perceptivo.

—¿Puedo pasar un momento? Me gustaría hablar contigo.

—Sí, claro. ¿Quieres un café? Estaba a punto de hacerlo.

—Ah, gracias. Me vendría muy bien. Voy a hacerte una pregunta personal, Cynthia. Espero que no pienses que soy un cotilla.

—Dime —sonrió ella.

—¿Por qué dejas que tu madre te trate como lo hace?

—¿Y cómo me trata? —preguntó ella, apartando la mirada.

Pero, de repente, el sol, el aroma del café, esas pequeñas cosas que le habían hecho sonreír, ya no le gustaban tanto.

—Es muy dominante. Controla todo lo que haces.

Cynthia nunca le había contado a nadie la promesa que le había hecho a su padre antes de morir, pero sabía que podía confiar en Jerome. Además, había llevado esa carga sobre sus hombros durante muchos años y quería desahogarse con alguien.

De modo que se lo contó todo, con el alivio de un devoto en un confesionario.

—Tu padre te pidió en su lecho de muerte que hicieras feliz a tu madre —repitió Jerome.

—Así es.

—¿Y cuántos años tenías entonces?

—Dieciséis.

El hombre sonrió con tal compasión que Cynthia sintió el irracional deseo de que fuera su padre.

—Mira, yo tengo sesenta y ocho años. La edad tiene una sola ventaja sobre la juventud: que uno aprende un par de cosas en la vida. Espero que me permitas compartir contigo algo de lo que he aprendido sin sentirte ofendida.

—Claro.

—Pues yo creo que entonces eras una niña y que quisiste cumplir tu palabra... pero te echaste encima una carga insoportable. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que ninguna persona puede ser responsable de la felicidad de otro. Cada uno tiene la responsabilidad, yo diría que la sagrada responsabilidad, de buscar por sí mismo la felicidad en este mundo. Y creo que si tu padre no hubiera estado enfermo, no te habría pedido eso.

—Pero me lo pidió, Jerome —respondió Cynthia un poco confundida.

—Si pudiera, sé que te liberaría de esa carga de inmediato. Tú misma has dicho que estaba muy enfermo y lo estaban medicando en ese momento... a saber qué piensa uno cuando sabe que va a morir en muy poco tiempo —suspiró Jerome, apretando su mano—. Pero si hubiera sabido lo que te estaba pidiendo, no lo habría hecho, estoy seguro.

Los ojos de Cynthia se llenaron de lágrimas, pero no le daba vergüenza llorar delante de Jerome. Todo lo contrario, se sentía aliviada, como una prisionera a la que, por fin, hubieran liberado de su cárcel.

—Desde el principio intuí que tenías un espíritu aventurero. Esa máscara de pasividad que muestras ante él mundo es una mentira. Tú tienes el alma de un artista, lo sé. Y no te estás haciendo ningún favor robándote esa oportunidad. Tienes derecho a ser todo lo que quieras ser, cariño.

Cynthia se secó las lágrimas con un pañuelo e intentó sonreír.

—Gracias por decir eso. Me anima mucho.

—De nada. Y ahora vete a hacer alguna locura. Que para eso eres joven.

—¿Puedo conducir el cochecito de golf como una loca?

—Puedes hacer algo más divertido que eso, seguro.

Cynthia soltó una carcajada. Una sonora carcajada que le sonó bien incluso a ella misma.

—Espero que sí.

—¿Hay una puerta que conecte con la habitación de tu madre?

—Sí, esa.

Jerome le guiñó un ojo.

—Voy a ver cómo está de su jaqueca.

Cynthia lo vio llamar a la puerta, entrar sin esperar invitación... y luego oyó el grito horrorizado de su madre.

—¿Crees que no he visto nunca a una mujer sin maquillaje, cariñito? Por favor, no seas tonta.

No oyó lo que decía su madre, pero podía imaginarlo. Sin embargo, oyó bien alto y bien claro lo que replicaba Jerome:

—¿Jaqueca? ¡Y una porra!

Cynthia tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

—No puedes tener jaqueca cada vez que alguien te lleva la contraria... Tu pobre hija lleva toda la vida intentando hacerte feliz. Cariñito, debería darte vergüenza. Y ahora levántate y métete en la ducha o te meto yo mismo.

Cynthia abrió los ojos como platos. No se atrevería...

Esperaba oír un estrépito de objetos chocando furiosamente contra las paredes, pero curiosamente no oyó nada. Sólo escuchó el grifo de la ducha.

Ah, qué curioso. ¿Su madre haciéndole caso a alguien? ¿Dejando que alguien le dijera lo que tenía que hacer?

Por supuesto, Jerome no la había metido en la ducha porque, de haberlo hecho, los gritos de su madre se habrían escuchado hasta en Louisiana.

De modo que, de puntillas, Cynthia entró en su habitación y cerró la puerta.

Jerome le había dicho que intuía el alma de una artista en su interior, que la fachada pasiva que mostraba ante el mundo sólo era una mentira...

¿Tan transparente era?

¿Y qué había sido de la niña que soñaba pasarse toda la vida creando? Pintando ella misma o bien llevando su propia galería, ayudando a otros artistas a exponer. ¿Qué había sido de todos esos sueños?

Por alguna razón, volvió a pensar en la extraña leyenda que le había contado Merry Montrose, y tuvo la sensación de que su vida estaba mezclada con esa historia. Aunque no sabía por qué.

¿Por qué en la historia la joven esposa había sido tan pasiva mientras los papeles principales los interpretaban la madre y el marido? Si uno no podía ser la estrella en

su propia vida, ¿quién iba a serlo?

—Me toca a mí —dijo Cynthia entonces en voz alta.

Y le gustó la firmeza de su voz. Y la convicción.

Así que H. M. podía echarse a temblar.

Después de darse una ducha, abrió el armario y se quedó desilusionada al ver su ropa: pantalones de pinzas, blusas de colores pastel, faldas por debajo de la rodilla. Nada interesante. Nada de lo que había allí lo había elegido ella misma, sino que lo había comprado porque su madre lo aprobaba.

Su vestuario era caro, elegante, clásico y aburridísimo.

¿Había algo en aquel armario que hablase de un alma artística, de una aventurera? No. Y ella quería color, quería tejidos con vuelo. Nada de rigidez.

Media hora después, con la tarjeta de crédito en el bolsillo de unos pantalones que iba a ponerse por última vez, se dirigía a la boutique de La Torchère.

Y esperaba que Parris estuviera allí.

Capítulo 9

Merry Montrose miraba su teléfono móvil, atónita. Estaba en el suelo, hecho pedazos.

No debería haber perdido los nervios. No. No debería haberse puesto a saltar encima de él. Los teléfonos móviles mágicos no eran fáciles de reemplazar.

—Tu carácter siempre ha sido un pequeño problema, chica —murmuró.

Pero era lógico. Después de preparar aquella velada tan romántica para Rick y Cynthia ni siquiera había podido ver cómo iba el asunto en la pantalla, que era como una bola de cristal. Una bola de cristal estropeada.

Por eso se había puesto tan furiosa. Por eso había pateado el móvil.

En fin, ahora no podía hacer más que lo que hacía la gente normal: preguntar.

¿A Cynthia o a Rick? Mejor a Cynthia. Seguramente podría sacarle con facilidad toda la información que quisiera sin que ella se diera cuenta.

Pero cuando marcó el número de su habitación, no hubo respuesta. Cuando llamó a Rick, sí la hubo:

—No estoy en casa.

Y colgó.

De modo que estaba en casa. Qué hombre, qué carácter. Así no iba a conseguir nada con Cynthia Forsythe.

Pero tenía que verlo. Por supuesto, no podía aparecer en su bungalow y preguntarle directamente. Tendría que encontrar alguna excusa... quizá algo relacionado con la capilla. Podría decir que el propietario insistía en saber cuándo tenía pensado empezar a construirla... No, debía tener mucho cuidado. Rick había estado a punto de abandonar el proyecto y no quería presionarlo.

Ah, pero podía faltar una firma en el contrato. Con los conocimientos legales que poseía, Merry podría haber añadido una página entera, pero era más fácil mover los deditos y borrar en un santiamén la firma de una de las páginas... Dicho y hecho.

Huy, ahora tendría que ir a ver a Rick Barnett porque había olvidado firmar una de las páginas del contrato.

—Para eso está la magia, para ahorrar tiempo —le dijo al móvil, pisándolo mientras salía del despacho.

Cuando llegó a su bungalow comprobó que tenía el cartelito de «No molesten» colgado en la puerta.

—Qué pena. Con el día tan bueno que hace y ahí encerrado en su cueva...

Entonces soltó una risita, porque eso era precisamente lo que hacían los osos, encerrarse en sus cuevas.

De modo que las cosas entre Cynthia y él habían ido bien. Seguramente se acostaron tarde después de tomar champán y decirse cositas a la luz de la luna...

Pero tenía que hablar con él cuanto antes y llamó a la puerta, ignorando el

cartelito que, evidentemente, no se le podía aplicar á ella, que era la directora de La Torchére.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué? —exclamó Rick, con cara de pocos amigos.

—Buenos días, señor Barnett. He traído el contrato porque falta su firma en una de las páginas...

Rick le quitó el contrato con fuerza suficiente para partirlo en dos y volvió un segundo después.

—Ya está.

—¿Señor Barnett? —lo llamó Merry cuando le pareció que iba a darle con la puerta en las narices.

—¿Qué?

—Me estaba preguntando... ¿qué tal anoche, con la señorita Forsythe? Espero que todo fuera bien.

Rick le dio con la puerta en las narices.

Pero luego volvió a abrirla y tiró la cesta que, con tanto cuidado, habían preparado para ellos.

—No fue bien —le espetó, antes de volver a cerrar.

—Pero... esto... —Merry miró en el interior de la cesta.

Allí estaba la botella de champán, las fresas... todo sin tocar.

No había pasado nada.

¿Y si no salía bien?, se preguntó entonces. ¿Y si Cynthia Forsythe y Rick Barnett no acababan juntos? ¿Y si no se enamoraban? ¿Significaba eso que tendría que seguir siendo una anciana toda su vida?

Merry se miró las manos arrugadas, la piel fina como el papel y los nudillos inflamados por la artritis.

—¿Se encuentra bien, señorita Montrose? —oyó que alguien decía a su lado.

Era el maldito encargado de mantenimiento. Cada vez que lo veía, su corazón daba un vuelco. O, al menos, el corazón de la joven que residía en el interior de su pecho.

Era guapísimo, todo músculo. Siempre le habían gustado los rubios, sobre todo los de clima tropical, que tenían la piel morena. Sus ojos eran de un azul intenso. Si fuera ella misma, sería el tipo de hombre con el que le gustaría tener una relación.

O quizá no. Al fin y al cabo, ella era una princesa. Y él era prácticamente un trabajador manual.

Aunque eso de ser vieja y fea y tener que vivir como una persona normal estaba haciendo que ese tipo de juicios, a los que estaba tan acostumbrada, le empezasen a parecer vergonzosos.

Sollozando suavemente, Merry se alejó, dejando al encargado de mantenimiento, que sólo la veía como a una anciana patética, con la boca abierta.

Merry corría con la cabeza baja para que los clientes no la viesen llorar y se

chocó contra una preciosa joven que bajaba por el camino con una bolsa en la mano.

Aquella chica era todo lo que ella no volvería a ser nunca: joven, guapa y radiante.

Aquella chica...

—¿Cynthia? —exclamó, atónita.

Cynthia Forsythe llevaba un vestido de algodón egipcio teñido en color agua. La sencilla línea y el buen corte destacaban a la perfección la delgadez de su cuerpo juvenil y sus largas piernas. Llevaba el pelo suelto, que el sol había llenado de reflejos naturales, y estaba guapísima. No llevaba nada de maquillaje, pero empezaba a estar bronceada y con aquellos pómulos y aquellos labios, parecía una modelo.

Cynthia Forsythe era una belleza, no el ratoncito con el que había hablado en la playa el día anterior.

—Sí, soy yo.

—Estás guapísima, querida.

—Gracias. Me siento muy bien, la verdad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y he estado pensando en la historia que me contó.

—¿No me digas?

—Sí. ¿Y sabe lo que no entiendo?

—Dime.

—A la hija. ¿Por qué era tan pasiva? Prácticamente no participa en la historia. Todo el mundo la controla.

—Ya te digo —murmuró Merry.

Pero podía sentir que la esperanza renacía lentamente en su corazón.

—Yo era como ella —le confesó Cynthia—. Pero ya no.

—¡Me alegro mucho por ti, querida! —exclamó Merry, soltando la cesta.

—Qué cesta más bonita. ¿Qué tiene dentro... champán?

—Fíjate qué suerte. Es una cesta de merienda. Para dos.

—¿Ah, sí?

—Sí. También hay velas, champán, fresas, bombones...

—Oh.

—¿Te gustaría llevártela?

—Pero... ¿me la regala?

—Sólo si tienes a alguien con quien compartirla.

—¡Claro que sí! Bueno, quiero decir, creo que sí. Bueno, sí, pero no sé cómo ponerme en contacto con él...

—¿Tú crees en la magia? —le preguntó Merry.

—Pues... no, la verdad es que no.

—¿Y te gustaría creer?

—¡Claro que me gustaría, como a todo el mundo!

—Hay una playa que casi nadie conoce. Voy a enseñarte dónde está. Ve allí esta

noche y cree. Desea con todo tu corazón que aparezca y aparecerá.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá. Confía en mí.

Merry hizo algo que no había hecho desde que era una niña: cruzar los dedos mientras veía a Cynthia alejarse por el camino. Y luego, como ya no tenía su móvil mágico, tuvo que correr hacia su despacho para llamar a Rick Barnett.

Pero Rick no contestaba al teléfono. Aquel hombre era imposible.

Después de varios intentos, por fin lo hizo.

—¿Qué?

—Tiene que ir a la playa esta noche —dijo Merry a toda velocidad, por si colgaba de sopetón.

—Tengo otros planes —replicó Rick, antes de colgar.

Merry miró su teléfono, boquiabierto. Y luego se percató de que el encargado de mantenimiento, el rubio, estaba parado en la puerta de su despacho con una caja de bombillas en la mano.

—¿Qué? No necesito una bombilla.

—Lo siento, señorita Montrose. Sólo era una excusa... quería comprobar que se encontraba bien. Como antes la he visto llorar...

—¿Ah, sí? Pues a lo mejor es porque el cincuenta por ciento de la población de este planeta está formada por hombres —replicó Merry.

Él levantó una ceja. Era tan guapo... Y lo sabía. Si tuviera el móvil a mano se lo tiraría a la cara.

—¿Se supone que yo debo disculparme por eso, señorita Montrose?

—Agg... anda, desaparece de mi vista, insolente cachorro, antes de que te despida.

Y él tuvo la audacia de guiñarle un ojo.

Y ese estúpido guiño la hizo sentir que todo en el mundo podía funcionar.

Y la hizo desear ser joven otra vez. Seguro que si volvía a ser joven le daría igual que el rubio fuera un humilde trabajador. Pero él seguía en la puerta, mirándola como si fuera un rompecabezas.

—Vete. Vete, por favor. Me duele mucho la cabeza.

Y el corazón. Y otros sitios también.

Era la primera vez desde que llegó a Florida que tenía frío. Pero claro, llevaba dos horas entre los arbustos delante del bungalow de Cynthia. Los aspersores automáticos se habían puesto en acción y lo habían empapado. Era lógico que tuviese frío.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó Rick. Cynthia no estaba en casa. Seguramente estaría bailando despreocupadamente con el barón Guntermonster.

Podría ir a alguno de los clubs, esconderse entre las sombras... No, eso sería demasiado patético.

De modo que saltó la barandilla del patio para dejarle otra figurita tallada en

madera. Aquélla era una paloma. Rick ni siquiera sabía bien lo que significaba; esperanza, seguramente.

Era una estupidez poner tanto sentimiento en esas figuritas cuando la vida real le había mostrado una realidad mucho más dura, pero dejó la figurita allí y luego, con las manos en los bolsillos del pantalón, se dirigió nuevamente al camino.

Y se quedó parado.

¿Qué le había dicho Merry cuando lo había llamado por teléfono?

«Tiene que ir a la playa esta noche».

Pero él tenía otros planes. Había planeado ir a buscar Cynthia... quizá para retomar lo que habían dejado a medias la noche anterior.

Entonces maldijo su propia estupidez. Merry lo sabía. Sabía lo que sentía. Era embarazoso, pero lo sabía.

Y entonces entendió por qué le había dicho que fuera a la playa.

Aquella vieja metomendoto... Bendita fuera.

A la carrera, se dirigió a la playa y llegó justo cuando Cynthia estaba echando arena sobre las velas... como él había hecho la noche anterior.

—Hola.

Ella dio un respingo.

—Hola.

—¿Estabas esperando a alguien?

—No. Sí. A ti.

— ¿A mí?

—Sí, es ridículo, ya lo sé. No te conozco de nada... ni siquiera sé cómo te llamas. Sólo sé que mantienes a las mujeres como rehén para exigirles besos y que eres un secuestrador muy simpático.

Rick se acercó. Afortunadamente, las velas estaban apagadas.

Cuando alargó una mano para tocar su mejilla, ella cerró los ojos. Luego tocó toda su cara, como un ciego. Y ella no se movió.

—Vamos a nadar —murmuró con una voz más ronca de lo normal.

—Sí —contestó Cynthia.

Y él sintió que estaba diciendo que sí a algo más que nadar. Algo en ella se había abierto. Como esa figurita de la mujer que salía del mar, como esa paloma que había dejado en el patio de su bungalow, Cynthia Forsythe se había abierto a la vida.

Y él era el hombre más afortunado del mundo por estar allí.

Estaba muy oscuro, pero cuando se quitó la falda tuvo que tragar saliva. Era perfecta. Tenía unas piernas largas, bien torneadas, unas caderas redondeadas, preciosas, tan femeninas...

Rick apretó su mano después de quitarse la ropa. Y experimentó una sensación como... como si por fin llegara a casa mientras se metían en el agua, riendo.

No recordaba cuándo había sido la última vez que se había oído a sí mismo reír. Pero, por supuesto, amparado en la oscuridad podía ser el que había sido una vez.

Recordaba su energía, su risa, el amor que sentía por la vida. Rick celebró lo que una vez había sido saltando las olas, nadando, escondiéndose de ella, oyéndola reír.

Y entonces, de repente, estaban abrazados, piel con piel.

Podía sentir sus curvas, la dulzura de su aliento.

Y esa pequeña llama de esperanza que se había encendido desde el momento que la vio, se hizo más viva. Quizá su vida no estuviera destruida del todo como había creído.

No podía ser lo que había sido antes, pero quizá un Rick nuevo emergiera de aquella tragedia. La confianza de un joven daría lugar a la madurez de un hombre con la experiencia que daba haber sufrido.

Era como si hubiera estado hechizado. Pero cuando ella levantó la mano para tocar su cara, el hechizo se rompió. Cynthia lo tocaba con mucho cuidado, pero no podía dejar que lo hiciera. Había olvidado por un momento que estaba desfigurado, que era repulsivo.

Había una mujer en su vida en el momento del accidente. Una mujer preciosa, divertida, culta e inteligente. No habían planeado casarse, pero era una relación seria y le había dolido enormemente su gesto de repulsión al ver las cicatrices. No había podido mirarlo ni tocarlo. Y cada vez que él había intentado besarla, se había apartado.

—Espera —dijo Cynthia—. No te vayas, por favor. Dime tu nombre al menos — le rogó cuando él hizo ademán de irse.

Pero él no esperó y no le dijo su nombre.

Estaba intentando huir de un dolor que le partía el alma.

—Entonces, voy a llamarte Oso.

Quería llamarlo de alguna forma. Como si esperase volver a verlo, como si esperase... no sabía lo que esperaba.

Rick quería decírselo, quería decirle que no podía haber nada entre ellos. Que aquella noche sólo era un momento de felicidad arañada. Pero no podía pronunciar esas palabras.

Y tampoco podía prometer que no volvería a verla, porque sabía que eso era imposible.

Cynthia se quedó en el agua, temblando. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho? Estaban riendo, jugando con las olas y de repente... Había tocado su cara, pensó entonces. Había notado algo en su piel, cicatrices seguramente. Estaba herido.

Unos días antes no sabía nada de osos, pero ahora sabía que un oso herido era el animal más peligroso.

Y el más vulnerable.

Cynthia salió del agua y guardó las cosas en la cesta, los bombones, las fresas, todo sin tocar.

Una mujer con sentido común no seguiría adelante con aquella absurda relación. Se había metido en territorio peligroso y lo sabía.

Pero había tenido miedo toda su vida y siempre había elegido lo más seguro. ¿No era por eso por lo que había elegido trabajar para su madre en lugar de perseguir sus sueños? Así no tenía miedo de fracasar. Si uno no se arriesgaba...

Pero se había perdido a sí misma.

Y, no sabía por qué, pero creía que aquel hombre podía ayudarla.

Aquella vez no iba a tomar el camino más seguro. No iba a vender su alma por seguridad. Ya no.

Y cuando llegó al bungalow y encontró la figurita de la paloma en la mesa del patio, se hizo una promesa a sí misma: descubriría quién era aquel hombre.

Por una vez en su vida, Cynthia Forsythe iba a luchar por lo que quería.

Al diablo el peligro.

Capítulo 10

Rick entró en su bungalow y cerró la puerta de golpe, con el corazón acelerado. Ya que él no podía apartarse de Cynthia, había hecho lo posible por desilusionarla. Estaba seguro de que no querría volver a verlo después de aquella cobarde huida...

Entonces recordó que Cynthia lo había llamado “Oso” cuando se alejaba.

Y así era como se sentía, como un oso herido y enfermo. Escondido en su cueva para lamer sus heridas. Los osos no veían muy bien, además. Como él.

Inquieto, tomó un trozo de madera para tallar. Casi podía ver la figura del oso emergiendo... pero no estaba de humor para tallar.

De modo que tomó su cuaderno de dibujo y miró el boceto de la escalera de granito que había hecho el día anterior.

No estaba mal. Tenía algo, ese «algo» que él intentaba capturar.

Luego volvió a pensar en Cynthia, en su risa, en cómo se había sentido estando con ella. Joven otra vez. Entero.

Como si su risa pudiera curarlo.

Eso era lo que pasaba cuando estaba con ella. Que le daba esperanzas.

¿Y no era eso lo que hacía el amor, que la gente esperase cosas que, seguramente, no tenía derecho a esperar?

Pero si quería dibujarlo, si quería poner ese sentimiento en un boceto, ¿cómo lo haría?

El lápiz parecía tener vida propia. Sin darse cuenta, empezó a dibujar y aparecieron las paredes de la capilla. Unas paredes como no había diseñado nunca, de cristal. Era un concepto estupendo. Seguramente imposible de ejecutar, pero estupendo.

—Estamos en Florida —sonrió, irónico—. La gente se cocería en una capilla con las paredes de cristal.

Bueno, no necesariamente. El árbol que había en esa zona de la playa le daría sombra. Además, la tecnología había avanzado lo suficiente como para instalar aire acondicionado incluso en un edificio de cristal.

¿Sería posible construir algo como eso? Sí, claro que sí. El concepto era el mismo que el de los invernaderos.

Rick hizo unos cuantos cálculos, dibujó las sujeciones, hizo más cuentas...

Cuando terminó, horas después, se percató de que sentía algo que no había sentido en mucho tiempo: pasión. Emoción. Se sentía lleno de vida.

Miró de nuevo el trozo de madera que le recordaba a un oso, pero lo rechazó a favor de otro más pequeño. Con aquél podía tallar un delfín.

Eso era lo que le había recordado Cynthia esa noche, un delfín saltando sobre las olas lleno de alegría. Una alegría que se le había contagiado.

Entonces miró el reloj y se dio cuenta de algo: no sólo habían pasado las horas sin

que se diera cuenta. También había dejado de pensar en sí mismo, en su dolor, en su pena. Durante aquellas horas había sido el joven arquitecto que era antes, lleno de ideas, de ilusión.

Había olvidado sus cicatrices. Había olvidado el peso de aquel muro que, durante unos minutos trágicos, había amenazado con asfixiarlo.

Era demasiado tarde para ir al bungalow de Cynthia, pero aquella noche le dejaría el delfín en el patio. No tenía que verla, no tenía que involucrarse más en su vida ya que no había futuro para ellos.

Era un regalo de despedida.

—Sí, claro —murmuró—. Me parece que eso ya lo has dicho antes.

Y Rick se rió de sí mismo.

Cynthia despertó como si tuviera resaca. Y cuando recordó los detalles de la noche anterior, pensó que la resaca era una posibilidad a considerar, porque se había bebido la botella de champán ella sola.

—Qué patética eres, hija —murmuró.

Porque con cada trago de champán, en lugar de sentirse más fuerte se había sentido más asustada. No podía ir detrás de un hombre que salía corriendo. No podía insistir si él no estaba interesado. ¿Dónde estaba su orgullo?

Además, no podía ponerse en contacto con él porque no sabía dónde se alojaba.

Entonces rozó algo con el pie. Eran unos papelitos de seda... los bombones, también se había comido los bombones. Con un poco de suerte, se habría comido también la cesta... No, allí estaba, en el suelo.

Cynthia dejó escapar un suspiro. Además de los bombones y el champán también había terminado con Ardientes besos del desierto. ¿Era una novela basura? ¡No! Era estupenda. Había llorado a litros mientras se atiborraba de chocolate.

En ese momento alguien llamó a la puerta y Cynthia se tapó la cabeza con la almohada. Estaba harta de que la despertaran con misteriosos golpecitos en la puerta.

—¡No estoy!

Pero volvieron a llamar. ¿Sería su madre para firmar una tregua? ¿Sería Jerome de nuevo?

¿Y si era su hombre misterioso?

—Me da igual que sea él.

Pero seguían llamando y tuvo que levantarse.

—¿Qué? —exclamó, abriendo la puerta con expresión airada.

—Huy, esto debe de ser contagioso —sonrió Merry Montrose.

—¿El qué?

—Noto cierta irritación en el ambiente. Especialmente por las mañanas.

Cynthia apartó la mirada. Seguramente tenía manchas de chocolate por toda la camiseta...

—¿Te encuentras bien, querida?

—Pues no, la verdad.

—¿Que tal la velada romántica?

—No hubo velada romántica —suspiró Cynthia.

—¿No?

—Bueno, hubo algo, pero... terminé yo sola. Odio a ese hombre. Quien quiera que sea.

—¿Que lo odias? Me parece que ésa es una palabra muy fuerte.

—No, de eso nada. Lo odio.

—Pero el champán...

—Me lo tomé yo sola. Y los bombones también. No se lo cuente a mi madre.

Podría haberse dado de tortas por decir eso. Como si necesitara la aprobación de su madre para comerse unos bombones.

—Bueno, da igual. No quiero hablar de lo de anoche. Ni de mi madre.

—Ah —murmuró Merry—. ¿Esas dos cosas están unidas de alguna forma?

—Espero que no —contestó Cynthia—. Por cierto, ¿qué quería, señorita Montrose?

«Rápido, para que pueda volver a la cama a estrangularme con la almohada».

Merry pareció confusa por un momento, como si hubiera olvidado qué hacía allí.

—Ah, sí, he venido a traerte una invitación.

Era él, pensó Cynthia, con el corazón acelerado. Ese era su estilo: usar a alguien como intermediario para aumentar la intriga. Pero, a pesar de la emoción que le producía, debía decir que no. Porque tanta intriga, tanta emoción, tantas sorpresas... al final no servían para nada.

Más noches de estrés como las últimas y acabaría haciéndose adicta a las novelas de amor. Seguramente podía vivir sin champán y sin bombones, pero ¿sin besos abrasadores?

—¿Recuerdas que te encontraste con Parris en la boutique el otro día? —preguntó Merry.

—Sí, claro.

¿Qué tenía que ver Parris con su hombre misterioso?

—Te dijo que iba a casarse, ¿verdad?

—Sí, me lo contó.

—Parris y Brad van a casarse aquí, en La Torchère, en una ceremonia privada. Es una pena que la capilla no esté terminada todavía.

—¿La capilla?

—¿Aún no sabes eso?

—¿Qué?

—No, nada, nada —sonrió Merry—. Pensé que las cosas habrían progresado un poquito más...

—No la entiendo. ¿Qué cosas? ¿Qué progresos?

—Perdóname, hija, es que soy una pobre anciana. A veces no sé ni lo que digo,

murmuro cosas sin sentido, pisoteo teléfonos móviles que necesito desesperadamente...

—Ah, ya —Cynthia tuvo que disimular una sonrisa. La señorita Montrose era cualquier cosa menos una «pobre anciana»—. Bueno, pues gracias por hablarme de la boda de Parris. Y ahora, si no le importa...

—No he terminado —la interrumpió Merry—. Será una ceremonia privada, pero luego van a organizar un gran banquete al aire libre. Será espectacular, naturalmente, porque yo voy a encargarme de todo. Parris me ha pedido que te invite.

—¿A mí? —exclamó Cynthia—. Pero si casi no me conoce.

—Parris es una chica muy generosa. Además, no hay que conocerte de toda la vida para que caigas bien. Tú brillas, querida.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿No lo sabías? Además, yo creo que tenéis muchas cosas en común.

Sí, claro, Parris estaba locamente enamorada y ella estaba loca.

—Las dos sois jóvenes y estáis a punto de descubrir las grandes alegrías de la vida.

—Ojalá —murmuró Cynthia.

Aun así, anotó dónde tendría lugar el banquete de Parris y Brad. ¡Cómo le gustaría ir con su hombre misterioso! Su madre no conocía a Parris, de modo que no estaría allí juzgándolo todo y haciendo comentarios desagradables sobre lo que no le pareciese bien.

Casi podía oírla: «Cariño, tiene muy mal genio». O «¿Cariño, ¿qué le pasa en la cara?».

No, podrían estar solos, tomar una copa, bailar, reír, charlar.

Conocerse, como todo el mundo.

Pero, ¿se arriesgaría él a mostrar su cara? En fin, daba igual porque no sabía cómo localizarlo.

A veces pensaba que lo de la jaqueca de su madre era una gran idea. Así podía uno olvidarse de todo. Porque últimamente, sobre todo aquella mañana, con la resaca, no podía distinguir entre lo que era real, lo que era inventado, lo que era soñado...

—¿Puedo decirle a Parris que irás? —preguntó Merry.

—No lo sé. No me apetece ir sola.

—Pues ve con alguien.

—Es complicado...

—Lo que me temía —la interrumpió Merry—. No habéis hecho ningún progreso —entonces vio las figuritas que Cynthia tenía sobre la mesa—. Ay, por favor. Son preciosas. Yo siempre he querido abrir una galería de arte para este tipo de tallas. Pero me temo que no tengo experiencia ni tiempo en este momento.

¿Merry quería abrir una galería allí, en La Torchère? ¿No sería ése el trabajo de sus sueños?

La noche anterior, cuando estaban nadando, todo le había parecido posible. Y

seguramente le habría dicho: «No busques más, has encontrado a la persona adecuada».

Pero por la mañana, después de la extraña desaparición del hombre misterioso... En fin, veía las cosas de otra manera.

—Son preciosas, ¿verdad?

—Exquisitas. ¿De dónde las has sacado?

—Pues... la verdad es que no lo sé. Alguien las deja en la mesa del patio todas las mañanas.

—¿En serio? ¿Como en la leyenda?

—Sí, bueno... No es exactamente así—contestó Cynthia—. Nadie ha entrado en mi habitación y... bueno, ya me entiende.

—Sí, te entiendo —sonrió Merry.

—Ni siquiera sé si es un hombre el que las deja.

—Tiene que ser un hombre.

—Pues si es un hombre, me gustaría saber quién es.

— ¿De verdad te gustaría?

— ¡Sí!

—Entonces, espéralo. ¿Crees que estas figuritas aparecen por arte de magia?

—¡Es usted la que me anima para que crea en la magia!

—Sí, bueno, pero todo tiene sus límites. Esto no es Embrujada. La gente no puede hacer aparecer cosas simplemente moviendo la nariz. Al menos normalmente.

— ¿Qué quiere decir?

—Las universitarias a veces podéis ser tan lelas...

— ¡Señorita Montrose!

—Perdona, no quería decir eso. Ya sabes, soy una anciana... Lo que quería decir es que si quieres saber quién te trae estas figuritas, lo que deberías hacer es esperarlo, tenderle una trampa.

—Si, claro, es verdad.

—Pues claro que es verdad, hija —suspiró Merry, haciendo un esfuerzo para no levantar los ojos al cielo.

—Pero ¿y si no vuelve? ¿Y si no hay más figuritas?

—Volverá —sonrió Merry—. Y traerá más figuritas.

— ¿Y qué hago cuando lo vea?

—Pero bueno... ¿es que nunca has intentado seducir a un hombre?

—No.

—Pues invítalo a ir contigo al banquete. Sería perfecto.

—Muy bien, si lo pilló se lo diré.

—No «si le pilló», sino «cuando lo pille» —la corrigió Merry, antes de alejarse silbando.

¡Silbando!

Sólo cuando cerró la puerta, Cynthia se dio cuenta de que ya no tenía resaca.

Horas después, vestida de negro y escondida entre los arbustos del patio, descubrió que su confianza en que apareciera el hombre misterioso se había disuelto como la resaca. Aquello no era tan divertido como en las películas. Le dolían las rodillas, estaba helada y quería irse a la cama. Y tenía que ir al baño. No llevaba reloj, pero estaba segura de que era más de medianoche.

Además, cuando dejó la primera figurita estaba amaneciendo... y estaba segura de que ella no podría esperar tanto tiempo. Ni siquiera por amor.

Estaba a punto de abandonar su punto de vigilancia cuando oyó un ruido. Sí, había alguien entre los arbustos, acercándose al patio.

¿Y si no era él? ¿Y si era un ladrón? En aquella ciudad de vacaciones para ricos había mucho que robar...

Pero entonces vio una sombra y supo que era él. No sabía cómo, pero lo supo. Quizá fuera su olor o el sonido de sus pasos, o la anchura de sus hombros.

Divertida, lo vio salir de entre los arbustos y sacar algo del bolsillo del pantalón. Cynthia esperó hasta que lo dejó sobre la mesa. No podía ver su cara, sólo su silueta, pero esperó hasta que salió del patio y lo asaltó en el camino.

—No te vuelvas —le ordenó.

Rick se quedó inmóvil.

—Muy bien. ¿Puedes decirme por qué?

—Desde luego: esto es un secuestro —contestó Cynthia, sacando un pañuelo del bolsillo de los vaqueros.

Tuvo que ponerse de puntillas para taponarle los ojos. Al hacerlo, rozó algo de cuero... era un parche que llevaba sobre el ojo izquierdo.

Además de estar desfigurado, también era parcialmente ciego. ¿Sería por eso por lo que no quería que viese su cara? Pero era tan romántico... Ese parche en el ojo le hacía parecer un pirata.

Aun así, no dijo nada para no herir su sensibilidad. Sujetando su brazo, iba dándole instrucciones para que caminase sin tropezar.

Le encantaba estar con él, estudiando la anchura de sus hombros, observándolo caminar con la gracia de una pantera.

Por fin llegaron a la playa donde él la había abandonado la noche anterior y lo empujó suavemente por los hombros para que se sentara sobre la arena antes de quitarle el pañuelo. La noche era más oscura que nunca. No podía adivinar si era joven o mayor, guapo o feo.

Y, curiosamente, le daba igual.

—Bueno, hálame de ti.

—¿No vas a darme una charla por marcharme como lo hice ayer? Fue un ultraje.

Cynthia soltó una carcajada.

—¿Cómo voy a enfadarme con un hombre que dice «ultraje»? ¿O con un hombre que lleva un parche en el ojo? ¿Eres un pirata?

—No.

—Convénceme. Dime quién eres.

—¿Qué quieres saber?

«Todo», estuvo a punto de contestar Cynthia. Pero no quería saber a qué se dedicaba, si era universitario, si tenía una casa, si pertenecía a algún club de golf.

Esas eran las cosas que querría saber su madre.

Ella quería conocer su corazón.

¿Cómo se conocía el corazón de un hombre?

—¿Cuál es tu constelación favorita?

Él rió, sorprendido.

—Esta noche ni siquiera se ven las estrellas. Está nublado. Pero mi favorita es Orión, el cazador. Cuando la veo, siento la antigüedad del universo, la intemporalidad de la belleza. ¿Cuál es tu constelación favorita?

—Orión también —contestó Cynthia—. Bueno, la verdad es que Orión es la única que conozco. También conozco la Vía Láctea, claro, y la Osa Mayor y la Osa Menor, pero Orión me ha gustado desde que era pequeña. Mi padre me contaba historias maravillosas sobre esa constelación... Se inventaba vidas fantásticas para el cazador.

—¿Y cuál es tu flor favorita? —preguntó Rick.

La había entendido. Tampoco él quería saber a qué se dedicaba. Quería conocer lo que había en su corazón.

—Los tulipanes —contestó Cynthia. Él rió—. ¿De qué te ríes?

—No sé, esperaba que dijeras orquídeas o algo así.

— ¿Por qué?

—Porque te veo como una rosa blanca... bella e inocente al mismo tiempo.

— ¿Por qué crees que soy inocente?

—No lo sé. Quizá porque he notado cierta... falta de experiencia.

—Pues no —mintió Cynthia.

Pero la risa de él dejaba claro que no la creía.

— ¿Por qué te gustan los tulipanes?

—Porque son las primeras flores en aparecer, asoman la cabeza entre la nieve... Tengo la impresión de que traen esperanza.

—Qué curioso que menciones esa palabra.

— ¿Por qué?

—Por nada. ¿Quieres saber cuál es mi flor favorita? Puedes reírte.

—No voy a reírme.

—Me encanta el diente de león.

— ¡No! —rió Cynthia.

—Antes no me gustaba, pero ahora me gusta porque me contaron una historia. Un hombre de Barbados estaba visitando a su yerno y su hija en Estados Unidos por primera vez. Había llegado de noche y, por la mañana, el yerno se quedó sorprendido al verlo pegado a la ventana mirando el jardín. No había tenido tiempo de pasar la

segadora y estaba todo cubierto de dientes de león, pero antes de que pudiera disculparse, su suegro se volvió y le dijo: «Es precioso, un jardín lleno de sol. Debes de haber tardado años en plantar todas esas flores».

Cynthia rió, encantada.

— ¿Por eso te gustan?

—Por eso me gustan. Me recuerdan que hay que mirarlo todo con perspectiva. Todo. Hay tan pocas cosas que sean verdades absolutas...

Siguieron charlando durante horas. Hablaron sobre flores, sobre filosofía, sobre arte, literatura... Cynthia le contó que había soñado con ser artista desde pequeña, que trabajaba para su madre y eso le producía una gran insatisfacción. También le habló de su sueño de tener una galería... Hablaron hasta que, por fin, sintió que se quedaba sin voz.

Pero empezaba a amanecer y notó que él se ponía tenso. Se dio cuenta entonces de que estaba ronca porque era ella la que había hablado casi todo el tiempo. Él apenas había revelado nada sobre sí mismo.

Podía ver el parche en el ojo y las cicatrices, aunque a duras penas porque seguía siendo de noche. Pero en su corazón sentía que estaba solo, sentía su vulnerabilidad, sus miedos.

—Quédate conmigo para ver amanecer.

—No puedo.

— ¿Por qué?

—Me temo que yo soy como el diente de león, princesa. La mayoría de la gente me encuentra feo.

—A lo mejor es porque no te miran bien.

—Es posible —asintió él, pero Cynthia notó que había una gran tristeza en su voz.

— ¿Confías en mí?

—Aún no puedo arriesgarme. Cierra los ojos.

Cynthia obedeció y él la besó con tal ternura que casi le partió el corazón.

—Dime tu nombre.

—Oso está bien. ¿Y el tuyo?

—Cynthia.

Pero la decepcionó que él no quisiera confiarle su nombre siquiera.

— ¿Estás casado? —preguntó entonces.

—No.

—Entonces, ¿por qué tanto secreto?

— ¿Tú sabes qué es lo más difícil para un hombre?

—No.

—Admitir que tiene miedo.

El miedo lo podía entender. ¿No había pasado ella la mitad de su vida asustada de todo? Había tenido miedo de arriesgarse, miedo de decepcionar a los que la

querían...

—Buenas noches, princesa.

—¡Oso, espera!

—Dime.

—Hay un banquete de boda... dentro de dos días. ¿Quieres ir conmigo?

—No puedo.

—Es al aire libre, por la noche. Seguro que podemos encontrar un sitio donde no haya mucha luz. Por favor.

— ¿Cómo voy a decirte que no? —murmuró él, atormentado—. ¿Cómo?

—Entonces no lo hagas.

—Tengo que pensarlo. ¿Dentro de dos noches?

—Sí.

— ¿Quieres que nos encontremos aquí mañana a la misma hora?

—Claro.

—Entonces te daré mi respuesta.

Cynthia lo vio alejarse con el corazón acelerado. Quizá no tuviera una cita para el banquete, pero al menos lo vería al día siguiente.

Cuando llegó a su casa encontró un delfín de madera sobre la mesa del patio. Y sabía perfectamente lo que representaba. La noche que habían nadado juntos, la libertad, la alegría. Cynthia lo apretó contra su corazón mientras abría la puerta.

Cuando entró la suite, su madre estaba saliendo de su habitación.

—Ah, perdona, estaba preocupada por ti. ¿Dónde has estado?

«Enamorándome».

—Por ahí.

—Dios mío, mira la hora que es. ¡Son casi las cinco de la mañana! Y pareces una ladrona vestida de negro. ¿Y esos pantalones? ¿Qué son, vaqueros?

Su madre pronunció la palabra «vaqueros» con el mismo asco como si hubiera dicho «cucarachas».

—Mamá, estoy agotada. ¿Podemos hablar más tarde?

—Jerome me ha aconsejado que deje de meterme en tu vida... me dijo que era una madre horrible. Pero eso no es verdad, ¿no?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿puedo meterme en tu vida?

—No.

Su madre suspiró.

—Cynthia, para mí es muy difícil no meterme en tus cosas.

—¿Por qué no me cuentas que has estado haciendo tú estos días? —preguntó ella, para distraerla.

Su madre se lo contó, encantada. Y seguramente no se daba cuenta de que la palabra «Jerome» aparecía en todas las frases.

—Esta noche hemos conocido a una pareja encantadora. Se llaman Parris y Brad.

Se casan el martes y nos han invitado al banquete.

—¿Ah, sí? —murmuró Cynthia, desolada.

—Parris me dijo que te conocía. Y que tú también estarías en el banquete.

—Sí, bueno, no sé...

—Espero conocer por fin a ese hombre misterioso —la interrumpió su madre—.

Porque hay un hombre, ¿verdad? No estoy cotilleando, sólo quiero saber.

Cynthia se mordió los labios. Le había dicho a Oso que podía confiar en ella.

Pero ahora se preguntaba si eso era verdad. Porque no quería someterlo al juicio de su madre.

¿Por qué?

Porque Emma nunca le había dicho que eligiera un hombre cuyas manos fueran ásperas. Oh, no. Todo lo contrario. Su madre miraría por encima del hombro a un hombre que trabajase con las manos. Y que tuviera un parche en un ojo. Y cicatrices. Y una voz tan dura como el cemento.

Todo era tan nuevo para ella... ¿Sería tan fuerte como para soportar la desaprobación de Emma Bluebell Forsythe?

Capítulo 11

La brusca transición entre la tranquilidad de La Torchére y la incesante actividad de la sala de Urgencias del hospital hacía que a Cynthia le doliera la cabeza.

Aunque, dado el chichón que tenía en la frente, era lo más lógico.

—Sólo tendrá que esperar un poquito más —le dijo la enfermera—. Acaba de llegar una familia entera... un accidente de tráfico.

Cynthia apretó la compresa fría contra su frente, mirando el reloj. Maldita fuera su mala suerte. Había tropezado con una mesa en su habitación y se había hecho una herida en la cabeza.

—¿Te encuentras bien, hija?

—Nunca me he encontrado mejor —contestó ella, irónica.

En aquel momento debía estar con Oso en la playa. Él estaría esperándola, no sabría lo que le había pasado y podría pensar que lo rechazaba...

Pero no quería ni pensar en ello. No quería ni pensar que podría no volver a verlo.

—¿Vas a desmayarte? Jerome, ¿tú crees que va a desmayarse?

—No, no lo creo —contestó él.

—No voy a desmayarme, mamá. Tengo una herida en la cabeza, nada más. En realidad, deberíamos marcharnos. Aquí están muy ocupados con accidentes de verdad.

No deberían esperar más porque en aquel mismo instante, Oso estaría bajando a la playa...

—Tienes que esperar a que te vea el médico —insistió Emma.

Pero Oso estaría sentado en la arena, sintiéndose completamente solo. Mientras ella estaba en un hospital con una heridita de nada en la cabeza, sin poder mandarle un recado.

—Un par de puntos y quedará como nueva —le había dicho la enfermera poco antes, enseñándole a sujetar la compresa hasta que pudieran atenderla—. Es una herida muy fea —había dicho también, con la misma voz cantarina—. ¿Cómo se la ha hecho?

Ésa era precisamente la pregunta que Cynthia no quería contestar. No pensaba contarle a nadie la verdad. Porque no podría contar una verdad sin contar otra...

Aquella tarde había decidido averiguar lo que se sentía viendo sólo por un ojo. Quizá así pudiera ayudar a Oso. De modo que, con algodón y esparadrapo, se había hecho un parche.

Durante la primera media hora no había sido tan horrible. Estaba volviendo a leer sus capítulos favoritos de Ardientes besos del desierto y se sentía un poquito desorientada, pero nada más. Pero después de la primera hora, la desorientación se había convertido en mareo. Cuando se levantó para hacerse un café, se dio cuenta de que no caminaba con la misma confianza. Tenía la sensación de estar torcida...

Entonces había sonado el teléfono y se había dado la vuelta para contestar.

Así de sencillo.

No había visto la mesita que había al lado del sofá porque estaba en su punto ciego. Había tropezado y había caído al suelo, golpeándose la cabeza con una de las esquinas de la mesa y, al llevarse la mano a la cabeza, había descubierto que estaba sangrando.

Como su madre no sabía manejar bien una crisis, Cynthia se había quedado en el suelo sintiéndose como una idiota y preguntándose qué iba a hacer cuando Emma abriese la puerta.

Por supuesto, al ver la sangre su madre se había puesto histérica y había llamado a la dirección de La Torchère para pedir que la llevaran en una avioneta privada al hospital de Fort Myers. Y allí estaba.

—¿Por qué llevabas un parche en el ojo? —preguntó Emma, no por primera vez.

—Ya te lo he dicho, se me había metido algo en el ojo y me estaba llorando.

—¿Y cuando se te mete algo en el ojo te pones un parche?

—No siempre.

—¿Por qué no me llamaste para que te mirase el ojo? Ya sé que no soy la mejor madre del mundo, pero eso podría haberlo hecho...

—Cariñito, deja a la chica en paz. No tiene seis años.

—Puede que no tenga seis años, pero últimamente se porta de una forma muy rara. Y estar preocupada no me convierte en una mala madre.

—Nadie ha dicho que lo seas.

—Pero tú lo das a entender.

Jerome dejó escapar un suspiro.

—¿Alguien quiere un café?

—Sí, yo, por favor —contestó Cynthia.

Jerome volvió unos minutos después, con dos vasos de plástico en la mano.

—Van a atenderla enseguida... —la enfermera no terminó la frase al oír la sirena de una ambulancia—. Iban a atenderla enseguida.

De nuevo, Cynthia tuvo que hacer un esfuerzo para no tirar la compresa y salir corriendo del hospital. ¡Tenía una cita! Si no aparecía, ¿qué haría Oso? ¿Qué pensaría?

Las puertas de Urgencias se abrieron y por delante de ellos pasó una camilla.

—Heridas de bala —dijo uno de los enfermeros.

Cynthia tuvo que morderse los labios para no llorar.

Rick estaba sentado sobre la arena. Tenía una rosa blanca en las manos, pero se estaba marchitando por segundos.

De modo que Cynthia había entrado en razón. Era lo mejor, pensó.

Deberían haberse encontrado dos horas antes. Y ella no había aparecido.

Lo racional habría sido volver a casa, pero no, seguía sentado en la oscuridad,

agarrado a una absurda esperanza. En la ciudad podría haber inventado un montón de excusas: el tráfico, un accidente, una urgencia familiar...

Pero esas cosas no parecían pasar en aquel sitio mágico.

¿Esperaría hasta el amanecer? ¿Tenía algo mejor que hacer?

Entonces oyó un ruido a su espalda y se levantó de un salto. Era Cynthia. Iba hacia él por la arena, pero había algo raro... caminaba a trompicones.

¿Estaba borracha? ¿Cynthia borracha? No, imposible. Ella siempre estaba compuesta, tranquila.

—Sigues aquí —dijo ella, con una sonrisa trémula en los labios.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Esa rosa es para mí?

Hablaba de una forma extraña. ¿Qué demonios le pasaba?

—Sí, es para ti.

Cynthia tomó la rosa y la miró solemnemente.

—Inocencia y belleza.

Luego la tiró sobre la arena, se abrazó a él y empezó a llorar.

Rick la abrazó durante largo rato, inmensamente agradecido de tenerla allí, disfrutando de su calor, cuando había pensado que no volvería a verla...

— ¿Qué pasa, Cynthia?

Entonces se percató de que tenía una venda en la frente. Como ella no decía nada, la levantó un poco... y vio un bulto en el que le habían dado varios puntos.

— ¿Que te ha pasado, cariño?

—Querían que me quedase en el hospital. Decían que tenían que vigilarme por si sufría una conmoción cerebral.

— ¿Has tenido un accidente?

—Sí, bueno, uno pequeño.

—Deberías estar en el hospital. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte.

Aunque era muy halagador, Rick se puso furioso. ¿Había arriesgado su salud por una reunión clandestina con un hombre que no la merecía?

— ¿Qué ha pasado?

—Me caí y me di un golpe en la cabeza con una mesa.

La pobre no podía tenerse de pie.

—Te vas a ir a la cama ahora mismo —dijo Rick, tomándola en brazos.

—Ay, qué fuerte eres —murmuró ella, medio dormida.

— ¿Has estado leyendo novelas de amor?

Cynthia soltó una risita.

— ¿Has tomado algo?

—No, no, sólo un poco de morfina.

—Sólo un poco de morfina —repitió él—. Y un golpe en la cabeza. Apenas puedes caminar y vienes hasta aquí a oscuras. ¿Estás loca?

—Sí, es posible.

—Deberías haberte quedado en el hospital.

—No quería que pensaras que no iba a venir.

—Ah, Cynthia —murmuró él, apretándola contra su corazón.

—Fue un golpe más tonto... me tropecé y me di un golpe contra la esquina de una mesa. Ahora parezco el monstruo de Frankenstein.

—Tú no podrías parecer el monstruo de Frankenstein aunque hubieran tenido que sujetarte la cabeza con clavos.

—Entonces, la novia de Frankenstein. Ahora no vas a querer ir al banquete conmigo.

Aquél no parecía el momento adecuado para decirle que había decidido no ir, pensó Rick. No porque no quisiera, sino por todo lo contrario. Porque estaba deseando ir. Quería pasar todo el tiempo que fuera posible con Cynthia.

Y ésa era razón suficiente para decir que no.

Pero, ¿de verdad pensaba que era tan superficial? ¿Que no quería que lo vieran con ella porque tenía una herida en la frente?

Él precisamente sabía muy bien lo que era sentirse rechazado por ser imperfecto.

— ¿Has olvidado mi rosa? —preguntó ella entonces.

—Da igual. Te traeré otra.

—Es que yo quiero ésa. Por favor...

Luego le dio un beso en el pecho, el beso tierno de una niña.

Maldiciendo en voz baja, Oso dio la vuelta y estuvo a punto de romperse la espalda mientras se agachaba para recuperar la rosa y se la metía en el bolsillo.

— ¿No te has pinchado con las espinas? —le preguntó Cynthia.

—Sí.

— ¿Y no te importa?

—No.

—Qué hombre —suspiró Cynthia.

Riendo, Rick la llevó a su casa. Como siempre, la puerta del patio estaba abierta.

— ¿Quién duerme en esa habitación?

—Mi queridísima mamá —contestó ella, con una risita.

—Eso es lo que me temía.

No podían haberle dado morfina para una simple herida en la cabeza, pero no tenía sentido discutir con ella. Seguramente, no tendría ni idea de qué le habían dado.

La habitación era exactamente igual que la suya, pero parecía diferente. Femenina y sensual como una sirena llamando a un marino hacia las rocas.

Rick la dejó sobre la cama. Había imaginado muchas veces ese momento... pero no así, claro. No pensaba aprovecharse de ella en esas condiciones.

—Venga, a dormir.

—Espera, voy a quitarme la camisa.

—No hace falta...

Pero Cynthia ya estaba desabrochando los botones, muy concentrada. Cuando se la quitó, Rick tuvo que tragar saliva. Llevaba un sujetador de encaje muy escotado y podía ver el nacimiento de sus pechos...

—Necesito mi pijama.

—Voy a quitarte los zapatos, pero nada de pijama.

—¿Nada de pijama? —repitió ella, traviesa.

—Virgen Santa. No quería decir eso. Hoy puedes dormir con la ropa puesta.

—Pero yo quiero que veas mi pijama.

—Me parece que ya lo he visto. ¿Tiene conejitos?

—No, ése no.

—Cynthia, sé buena chica. Métete en la cama, por favor.

—No quiero. Estoy harta de ser una chica buena.

—Pues has elegido mal momento —sonrió Rick, empujándola suavemente.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, la pobre cerró los ojos, agotada. Él la cubrió con la manta, aunque hacía calor. Pero llevaba ese sujetador tan sexy y, en esas circunstancias, uno de los dos debía tener calor: o ella o él.

—¿Necesitas algo más? ¿Un vaso de agua?

—No te vayas.

—No puedo quedarme, princesa.

Cynthia volvió a cerrar los ojos y luego los abrió... y lanzó un grito.

En la oscuridad, debía de parecerle un monstruo.

—Soy yo.

—Ah, tú —murmuró Cynthia, levantando la mano para tocar el parche—. Es difícil, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ver por un solo ojo.

—Creo que es más difícil de lo que la gente se imagina.

—Yo sé que lo es —dijo Cynthia, con vehemencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me he dado un golpe en la cabeza precisamente por eso. Me puse un parche en el ojo para ver cómo te sentías tú... y me tropecé con la mesa.

Por un momento, Rick no entendió lo que estaba diciendo. Y cuando por fin lo comprendió le costó hablar porque tenía un nudo en la garganta.

—¿Querías saber lo que yo sentía?

—Sí. Es muy difícil ser tú.

Y ella no sabía la mitad. Pero, ¿había mostrado alguien tanta empatía, tanta comprensión por él alguna vez?

¿A alguien le había importado tanto como a Cynthia?

Y él estaba engañándola. No le había dicho quién era, de modo que estaba jugando con ventaja. Ese engaño no era buen principio para una relación... del tipo qué fuera.

¿Debería decírselo o debería alejarse y no verla nunca más?

Se le ocurrió entonces que no era él el único que estaba perdiendo la cabeza. Cynthia también la estaba perdiendo por él.

Y eso no podía ser.

— ¿Vas a venir al banquete conmigo? Me gustaría ver a Parris y a Brad, tan enamorados...

Aquél sería un buen momento para parar. En aquel mismo instante. Estaba hablando medio en sueños sobre dos personas enamoradas...

Pero Rick no podía decirle que no. No podía dejar de verla tan pronto.

Se había puesto un parche en el ojo para sentir lo que él sentía.

Y, a cambio, sólo le pedía que fuera con ella a un banquete.

Se dio cuenta entonces de que haría cualquier cosa por ella. Moriría por ella si fuera necesario. Entonces, ¿por qué no quería vivir por ella?

¿Estaba enamorado de verdad? Aquella noche se estaba convirtiendo en una noche aterradora, y no porque Cynthia se pareciera a la novia de Frankenstein. De hecho, le gustaría que así fuera.

— ¿El banquete? —insistió ella.

La palabra «no» se formó en su cerebro...

—Sí. Nos veremos allí.

—Gracias, Oso.

—Me llamo Rick —dijo él en voz baja.

—Rick. Me encanta ese nombre —murmuró Cynthia, cada vez más dormida.

— ¿De verdad?

—Una vez conocí a un chico que se llamaba así.

¿Se acordaba? Qué interesante sería saber lo que había pensado de aquel chico. Pero no podía engañarla más, no podía aprovecharse de ella.

—Tengo que irme.

—No, por favor... quédate conmigo hasta que me duerma.

Suspirando, Rick se tumbó a su lado en la cama, sobre la manta, intentando no tocarla.

Pero Cynthia apoyó la cara en su pecho y suspiró, contenta, antes de quedarse profundamente dormida.

Con cuidado para no despertarla, Rick acarició su pelo, sus labios.

Pero eso no estaba bien. Eso no entraba en sus planes.

Entonces, ¿por qué le gustaba tanto? ¿Por qué, de repente, se sentía como se había sentido antes del accidente? No había dormido de noche en varios meses, pero una sensación de paz lo invadió y cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que sólo sería un minuto...

Despertó al oír que se abría la puerta de la otra habitación. Por un momento se sintió desorientado. Olía a rosas...

—¡Cynthia! Tengo que comprobar cómo estas cada hora.

¡Su madre!

Rick se volvió hacia ella. De modo que así sería despertarse a su lado, sentir aquella increíble reverencia por la vida, creer que los milagros eran posibles para hombres como él.

Pero al oír pasos en la suite le dio un beso en la mejilla y salió al patio por la puerta corredera. El olor a rosas parecía ir con él y, en el último momento, recordó que llevaba la rosa blanca en el bolsillo.

Estaba marchita y le faltaban varios pétalos. Como a Cynthia después del golpe, pensó, sonriendo para sí mismo. Pero era igual de hermosa.

Rick dejó la delicada flor sobre la mesa del patio y desapareció entre los arbustos.

Antes de que amaneciera ya había dibujado el techo para la capilla. En la mitad del tejado habría una abertura de cristal para que la novia se acercase al altar bañada por la luz del sol.

Exhausto, Rick dejó a un lado el cuaderno. Siempre había sido un buen arquitecto. Su trabajo era, según los expertos, brillante, y había ganado varios premios. Todo eso lo había ayudado a olvidar su pasado, a sentirse mejor consigo mismo. Ahora era un arquitecto, no el hijo de un mecánico.

Pero siempre le había parecido que le faltaba algo. A sus edificios les faltaba algo y ahora veía lo que era: alma, corazón.

Técnicamente brillante, pero ese misterioso «algo» había estado ausente hasta aquel momento. Hasta que diseñó aquella capilla. Hasta que volvió a encontrarse con Cynthia Forsythe.

La mujer que se había puesto un parche en el ojo para sentir lo que él sentía...

Rick no había visto amor en su casa. El matrimonio de sus padres había sido un completo fracaso. Tenían peleas constantes, broncas a todas horas... Esa desastrosa vida familiar lo había convertido en un golfo. La palabra «compromiso» no estaba en su vocabulario. Había vivido según la letra de un viejo rock and roll: «Estoy aquí para pasar un buen rato, no para quedarme».

Y entonces conoció a Cynthia Forsythe, una chica tan buena como él era malo. Se había sentido intrigado. Ella no se caía de espaldas cuando le sonreía, todo lo contrario. Cuando la llamaba «niña de papá», Cynthia lo fulminaba con la mirada. Cuando la atormentaba sobre su mundo de niños pijos, ella lo trataba como si fuera invisible.

Por fin, Rick había dejado de tomarle el pelo y fue entonces cuando Cynthia se fijó en él. Entonces le suplicó que le diera una oportunidad, que fuese a dar una vuelta con él en su moto. Si no le gustaba, no volvería a molestarla.

Pero ella le dijo que sí y, de repente, el mundo se convirtió en un sitio maravilloso.

Durante tres gloriosas semanas había creído en los milagros. En el amor. Había creído que el mundo podía ser un sitio diferente. Había tenido esperanzas.

Con los brazos de Cynthia alrededor de su cintura todo le había parecido posible.

Pero ahora entendía que sus mundos eran entonces completamente diferentes. Él no quería portarse como un adulto y ella no había sido capaz de desafiar a su madre. Y eso había confirmado sus sospechas de que las relaciones entre hombres y mujeres siempre acababan mal.

Y, sin embargo, allí estaba. La misma mujer, la misma esperanza.

Estaba loco por ella. ¿Qué iba a hacer?

—Ahogarte o nadar —murmuró.

Él había intentado vivir de manera lógica. Había seguido un camino que lo hiciera sentir que ejercía cierto control sobre su vida. Pero el amor era una variable inesperada. Amor. Esa palabra otra vez. ¿La amaba de verdad?

La respuesta llegó en menos de un segundo. Estaba en el boceto de esa capilla, en el miedo que sentía, en su corazón lleno de esperanza.

Tenía que ir a una boda aquella noche. Y no iba a planear nada, aunque eso iba contra su naturaleza de arquitecto.

Iba a ver lo que pasaba. Con la esperanza de que fuera bueno.

Capítulo 12

Cynthia se miró al espejo. A pesar del bulto en la frente, se sentía transformada. Menos de dos semanas antes era la ayudante de una escritora que, además, era su madre y, aunque tenía veintiséis años, se sentía como una niña. Como si estuviera haciéndose pasar por una adulta y con miedo a que la descubrieran.

Pero una mujer, una mujer guapísima la miraba desde el espejo aquella noche.

Llevaba un vestido de cóctel, de una tela tan delicada como las alas de una libélula, en diferentes tonos de azul, que le dejaba un hombro al aire y flotaba sobre sus piernas. Era parte bailarina árabe, en lo que Ardientes besos del desierto posiblemente hubiera tenido algo que ver, parte princesa Diana y parte Cynthia Forsythe.

Pero no era sólo el vestido lo que anunciaba el cambio. Estaba también en sus ojos, en su corazón.

¿Cómo era posible que ocurriera un cambio tan drástico en tan poco tiempo? Había pasado de sentirse como una marioneta a ser una mujer vibrante, llena de vida.

Era un milagro.

No, no era un milagro. Sólo había un sentimiento en el mundo que pudiera provocar ese cambio: el amor.

—Ay, Dios mío... estoy enamorada —dijo en voz baja.

Intentó decirse a sí misma que era imposible, que era demasiado pronto, que no podía haberse enamorado de un hombre cuyo rostro nunca había visto, cuyo nombre no conocía... Bueno, sí, ahora sabía que se llamaba Rick.

Pero su corazón le decía que así era. Y contra el corazón era imposible luchar, pensó con un suspiro, mientras se colocaba el flequillo para que le tapase la venda de la frente.

Rick estaría con ella en el banquete y eso era algo nuevo. Iban a estar juntos en público, tomarían una copa juntos... incluso podrían bailar.

Cynthia se dio una vueltecita delante del espejo antes de salir del bungalow. Se sentía feliz, más feliz que nunca.

Cuando llegó al banquete se quedó gratamente sorprendida. Todo estaba precioso, elegantísimo. Una suave brisa llegaba del mar y el aroma de las flores lo llenaba todo. El cielo estaba cuajado de estrellas y Orión parecía sonreírle.

No había luces eléctricas en el banquete de Parris y Brad, sólo teas y velas por todas partes. Era como de ensueño. La música llegaba de alguna parte, pero Cynthia no podía ver la orquesta... los músicos debían de estar escondidos entre los arbustos.

Eso era algo habitual en La Torchére, pensó con una risita.

Después de saludar a los novios, buscó un sitio en el que no hubiera mucha luz para esperar a... a Rick.

Rick.

¿La reconocería? Él sólo la había visto en vaqueros o con blusitas de cuello redondo. Quizá no la reconociera con aquel precioso vestido y pasara de largo...

Entonces sintió un beso en el cuello.

—Hola, Cynthia.

—Hola, Rick —lo saludó ella, con el corazón acelerado.

Estaba guapísimo con un esmoquin y una camisa blanca.

— ¿Cómo estás?

—Sin aliento. ¿Te importaría besarme en el cuello otra vez?

—Me refería a la herida en la frente —sonrió él.

—Ah, eso. Mucho mejor. ¿Qué pasó anoche? La verdad es que no me acuerdo de nada.

—Estuviste encantadora.

—¿Ésa es una forma amable de decir que me porté como una idiota?

— ¿Te importaría haber sido una idiota?

— ¡Sí!

—Conmigo puedes ser lo que quieras. No cambiaré lo que siento por ti.

Nadie le había dicho algo tan bonito en toda su vida.

Su rostro estaba a oscuras, pero podía ver el parche que cubría su ojo izquierdo y algunas de las cicatrices que no había visto de cerca hasta entonces. Cynthia levantó una mano y acarició una de ellas, que iba desde el pómulos hasta el cuello. Él se puso tenso.

—Y tú puedes tener el aspecto que quieras. No cambiaré lo que siento por ti.

—Ten cuidado con lo que dices, Cynthia.

—Lo digo completamente en serio —afirmó ella con vehemencia.

—Crees que lo dices en serio.

—Ah, me parece que vamos a tener nuestra primera discusión. ¿Vas a decirme lo que siento, Rick?

—Eso sería muy presuntuoso por mi parte, ¿no crees?

—Sí.

Rick le dio una gamba como ofrenda de paz.

—Perdona. Lo retiro.

—Muy bien, dejaremos esta discusión para otro momento —sonrió Cynthia.

—Yo creo que sería mejor olvidarla por completo.

—Sí, tienes razón. ¿Lo ves? También puedo darte la razón cuando la tienes.

Entonces vio a su madre con Jerome. Aunque Emma miraba a todas partes intentando localizarla, Cynthia había encontrado un buen escondite. Afortunadamente.

—Debería haber imaginado que estaría aquí —dijo Rick.

— ¿Mi madre? ¿La conoces?

—No, claro que no. Me refería a Merry Montrose.

—Ah, claro, Merry es quien lo ha organizado todo. ¿No te cae bien?

—Claro que me cae bien.

Cuando Rick iba a servirle una copa de vino, Cynthia puso la mano sobre su copa para evitarlo.

—No, esta noche no. Ayer me lo perdí todo y hoy quiero estar bien despierta. ¿Dije alguna tontería? Dime la verdad.

—Querías enseñarme tu pijama —contestó Rick—. Y no el de los conejitos.

— ¿Mi pijama? ¿Y cómo sabes tú lo de los conejitos?

—Porque te vi en el patio una mañana —respondió.

— ¿En serio?

—Cuando fui a dejarte la primera figurita —le explicó él.

—Ah, claro. Bueno, ¿y qué más pasó?

—Te ayudé a meterte en la cama y... me tumbé a tu lado.

Cynthia puso los ojos en blanco.

—A lo mejor me va a hacer falta una copa.

—No pasó nada —sonrió él—. Me tumbé encima de la manta y te miré mientras dormías —le dijo con dulzura.

— ¿Sí?

—Sí. Olías como debe de oler el paraíso.

—No es verdad.

—Sí es verdad. Y te caía un poco de saliva por la comisura del labio...

— ¡Eso sí que no es verdad!

Rick soltó una carcajada.

—Claro que no es verdad. Pero luego empezaste a roncar.

— ¿Mucho?

—Como un tren de mercancías.

— ¿Y qué haces aquí esta noche? Después de la saliva, los ronquidos... yo que tú me habría quedado en casa.

—No.

— ¿Por qué?

—Porque sigues siendo tú.

Cynthia sonrió. Lo decía tan serio, como si lo pensara de verdad, como si todo lo que ella hiciera le gustase.

— ¿Quieres bailar?

—Claro.

Cuando la tomó por la cintura, le pareció que había esperado ese momento toda su vida. Jamás se había sentido más feliz en compañía de otro ser humano.

Estaba enamorada.

El primer baile dio paso a otro, y a otro... De repente, una luz brillante iluminó la pista y Cynthia levantó la mirada para ver la cara de Rick. El daño era mayor de lo que ella había imaginado.

Y, de repente, Rick desapareció.

— ¡Sabía que había un hombre!

Era su madre, por supuesto, que por fin había encontrado la pista.

—Hola, mamá.

— ¿Dónde está?

—Ha tenido que ausentarse... un momento.

—Era feísimo. Parecía un monstruo. Ahora entiendo que no hayas querido presentármelo. Supongo que te daba vergüenza.

— ¿Vergüenza? ¿Que me daba vergüenza presentártelo? —exclamó Cynthia, furiosa—. Mamá, a quien me daría vergüenza presentar es a ti. ¿Cómo puedes juzgar a alguien que no conoces?

— ¿Sabes una cosa? Estoy harta de que todos me critiquéis.

—Y yo estoy harta de que te metas constantemente en mi vida.

—No me gusta ese vestido, Cynthia. Es demasiado llamativo. No sé qué va a pensar la gente.

Cynthia dejó escapar un suspiro. No pensaba dejar que su madre estropear la mejor noche de su vida.

—Me da lo mismo lo que piense la gente. Pero si te interesa lo que yo pienso de ti, es que... eres una madre horrible, Emma.

—Y aquí llega el hombre que me otorgó ese título —dijo su madre con tono hiriente al ver acercarse a Jerome—. Pues sí, parece que había un hombre —le contó cuando él llegó a su lado—. Pero no pensaba decirme nada. ¿Y sabes por qué? Porque tú le has metido en la cabeza que no me debe respeto.

—Eso no es verdad, cariñito...

—Bueno, yo me voy —dijo Cynthia al ver a alguien moviéndose por la playa.

— ¡De eso nada! ¡Tú no vas a ningún sitio!

Cynthia no se molestó en contestar; sencillamente se coló entre los arbustos como había hecho Rick unos segundos antes.

— ¡Esto es culpa tuya, Jerome!

—Mira, cariñito, es mejor que no la tomes conmigo.

— ¿Ah, no? Pues deja que te diga una cosa: no vuelvas a llamarme.

—Mejor. Estaba empezando a hartarme de tus histerias.

Cynthia estaba oyendo la conversación detrás de los arbustos. Y aunque su madre se lo merecía, se asustó. Nadie hablaba así a Emma Bluebell Forsythe...

Entonces oyó una bofetada y asomó la cabeza para ver qué demonios estaba pasando. Su madre había abofeteado a Jerome que, de repente, la tomó por la muñeca y empezó a besarla como en las películas. Su madre luchó durante unos segundos y luego... luego se derritió entre sus brazos.

Algún día le diría a Jerome que, con ese beso, se había ganado el derecho de representar un papel protagonista en *Ardientes besos del desierto*. O en la visión de *La Torchére: Ardientes besos tropicales*.

Afortunadamente, ya podía volver con Rick, que era donde realmente quería

estar. Lo encontró de rodillas en la arena, haciendo algo con las manos... ¿un castillo?

—Ésa era mi madre.

—Ya me imagino.

—Te habría presentado, pero a veces tiene una lengua de doble filo.

—Lo he oído.

Cynthia se mordió los labios.

—No sabes cómo lo siento.

—Pero es verdad, ¿no? Soy un monstruo.

— ¡Tú no eres un monstruo! Tú...

Entonces decidió que las palabras no valdrían de nada. De modo que lo tomó por la pechera de la camisa y lo besó en los labios como había hecho Jerome con su madre. A veces una chica tenía que tomar la iniciativa, se dijo.

Y aquél era un momento desesperado.

Después, Rick la tomó por la cintura y apoyó la cara en su hombro.

—Eres una fierecilla.

—Cuando no estoy roncando o soltando saliva por la comisura de los labios.

— ¿Volvemos a la fiesta antes de que pase algo que lamentaríamos los dos?

—Yo no lo lamentaría —dijo Cynthia.

Rick acarició su cara, despacio, mirándola a los ojos.

— ¿Estabas haciendo un castillo de arena? —le preguntó ella.

—A eso me dedico.

— ¿A hacer castillos en la arena?

—No, tonta. Soy arquitecto.

— ¿Ah, sí? Qué interesante.

Él se pasó una mano por el pelo.

—El año pasado estuve trabajando en un gran proyecto, un enorme edificio de oficinas. Pasaba por delante de un muro que estaban levantando y... se vino abajo. Al otro lado había un camión que lo golpeó sin querer y me cayó encima.

—Qué horror —murmuró Cynthia—. Cuánto me alegro de que no murieras.

—Bueno, si me hubiera muerto no me habrías conocido y no sabrías si te alegrabas o no.

—Deja de ser tan lógico —lo regañó ella.

Rick se puso serio de nuevo.

—Quedé enterrado bajo una tonelada de ladrillo, argamasa, cemento... y tardaron algún tiempo en sacarme. Perdí un ojo y mi cara quedó desfigurada. Además, me aplastó la laringe, por eso mi voz suena tan ronca. Sigo teniendo pesadillas por la noche... cuando puedo dormir. En general, duermo de día para evitar los ataques de pánico. Y para que los niños no se asusten al verme.

—Rick...

—Estoy intentando contarte la verdad, Cynthia.

—Se lo estás contando a una mujer que babea y ronca —intentó bromear ella.

Mientras hablaban, no dejaban de construir el castillo en la arena.

—Te vas a ensuciar ese vestido tan bonito.

—Esto me gusta más que el vestido —respondió ella con franqueza.

—La gente que parecía quererme antes del accidente dejó de quererme —dijo Rick entonces, en voz baja.

—Yo te habría querido.

—Eso no lo puedes saber...

—Sí puedo —lo interrumpió ella.

De repente, oyeron gritos en la fiesta. Un hombre y una mujer estaban peleándose.

—Dios mío, que no sea mi madre... —musitó Cynthia.

—Mis padres se peleaban todos los días.

—Los míos también. Yo creo que mi padre se murió para escapar de las peleas.

— ¿Y cómo ocurre eso? ¿Cómo se pasa de lo que sienten Parris y Brad a odiarse a muerte?

Los dos se quedaron escuchando la discusión.

—¡Espero que te caigas en un barranco y te mates! —gritaba la mujer.

—Eso sería mejor que pasar el resto de mi vida contigo —replicó el hombre.

Terminaron el castillo, pero Cynthia se dio cuenta de que Rick estaba más serio que antes.

—Lo he dicho en serio. Estoy enamorada de ti y necesito que confíes en mí. Quiero saber quién eres, quiero verte a la luz del día.

—Yo... tengo que pensarlo.

—Muy bien —murmuró Cynthia, decepcionada.

— ¿Y si te dijera que no?

—Entonces no volveremos a vernos. No puedes... Esconderte entre las sombras para siempre es un error, Rick. Tienes cicatrices en la cara por culpa de un accidente, pero eso no te hace peor que los demás. Y no quiero que te sientas avergonzado. Yo nunca me sentiré avergonzada de ti.

—Ah, un ultimátum —murmuró él.

—Si quieres llamarlo así...

¿No había oído nada más?, se preguntó Cynthia, incrédula.

—Si quieres, podemos encontrarnos aquí mismo mañana, a las doce del mediodía —propuso ella.

Rick no contestó. Se inclinó para besarla suavemente en los labios y luego desapareció. Cynthia se marchó poco después. Mientras volvía al bungalow se sentía anciana, exhausta.

Merry bajó a la playa. Alguien había construido un castillo de arena. Lo miró un momento y luego lo destruyó de una patada.

Los Phipps-Stover habían tenido una pelea en medio de un banquete de boda.

Qué adecuado. Qué detalle hacia Parris y Brad. Qué detalle hacia ella, Merry Montrose, más conocida como la princesa Bessart.

Ellos eran su pareja número trece. ¿Cómo afectaría a la maldición si terminaban separándose?

—Debería haber imaginado que el trece me traería mala suerte.

¡Y la noche había empezado con un potencial enorme! El encargado de mantenimiento le había preguntado si quería ir a la fiesta con él... Por supuesto, no era una cita. Sólo se lo había pedido porque quería ser amable con una anciana. Pero lo había pasado bien con él. Curiosamente, no parecía ver lo vieja y fea que era.

Lo cual, por supuesto, era completamente imposible. ¿Habría gente en el mundo tan generosa, tan abierta de corazón y de espíritu que no se fijaba en el aspecto físico de los demás?

Cynthia parecía ser una de esas personas. La había visto esa noche tocar las cicatrices de Rick con una ternura que la había emocionado.

Pero los Phipps-Stover habían tenido que estropearlo todo. Después de la pelea, había tenido que despedirse de Alex, demasiado nerviosa como para estar en compañía de nadie.

—Espera, Merry, tengo que decirte algo importante —la había llamado él.

Pero Merry le había hecho un gesto con la mano, rechazándolo. ¿Qué podía ser tan importante?

Si los Phipps-Stover rompían quizá fuera el final para ella. La fecha fijada, el día de su treinta cumpleaños, estaba a la vuelta de la esquina. No quedaba tiempo.

Todo su trabajo, todos sus esfuerzos, todos sus intentos por cambiar, no habían servido de nada...

Furiosa, señaló la roca en forma de oso con el dedo:

—Roca de oso, despierta y agítate. Ve a perderte por tierra y mar, que yo ya no te podré usar.

La roca pareció brillar en la oscuridad, haciéndose fosforescente antes de desaparecer.

La rabia de Merry desapareció también y lamentó haber tomado una decisión tan drástica. Quizá hubiera sido algo prematura, pero estaba tan cansada del asunto...

No le quedaba energía para la magia y ninguna en absoluto para el amor.

Sintiéndose centenaria, algo que, por lo visto, iba a ser por los siglos de los siglos, caminó despacio por la playa, de vuelta a la soledad de su habitación y a su sentencia.

Capítulo 13

Rick hizo la maleta. Él era un hombre metódico y ordenado y siempre evitaba el impulso de guardar sus cosas a toda prisa y salir corriendo. Además, aunque quisiera no podría salir corriendo. El ferry sólo hacía el trayecto una vez cada veinticuatro horas, de modo que no podría irse hasta el día siguiente.

No, ser metódico iba mejor con la frialdad que sentía por dentro. Esa frialdad la podía controlar muchísimo mejor que todo lo que había estado sintiendo durante aquellos maravillosos días.

Se había dejado llevar por un sitio mágico... El boceto de la capilla reflejaba claramente sus deseos de amar, de sentir esperanzas de nuevo en el amor.

Pero las palabras de Emma Forsythe se repetían una y otra vez en su cabeza: «Parece un monstruo».

Tenía que irse de allí, de todo lo que representaba La Torchère. Tenía que alejarse de Cynthia.

Rick entró en el baño para afeitarse y cuando se miró al espejo vio una verdad que era casi tan devastadora como las cicatrices.

No eran las cicatrices, ni la laringe aplastada, ni el parche en el ojo. Todo eso se había convertido en una excusa conveniente para esconderse de sí mismo. Y para esconderse de una emoción más poderosa que cualquier otra: el amor.

El amor, que siempre empezaba lleno de promesas. ¿Y dónde iba?

La pareja que había discutido en el banquete de boda había reabierto una herida que creía cerrada mucho tiempo atrás. La herida de sus padres, de su infancia, de las innumerables veces que había rezado, inocentemente, para que el amor triunfase...

No había tenido ningún éxito con sus padres, pero Cynthia... ¿Habrían sido contestadas sus plegarias ahora, con más de veinte años de retraso?

—No —dijo en voz alta.

No eran sólo sus padres, eran también los padres de Cynthia, era la chica con la que mantenía una relación antes del accidente. Eran incontables parejas, como Tom y Nicole, Diana y Charles...

Rick tuvo que sonreír. Ni los famosos conseguían mantener a alguien a su lado para siempre.

El amor no duraba para siempre, así de sencillo. Y no tenía sentido engañarse.

Suspirando, se dispuso a terminar la figura del oso que pensaba dejarle a Cynthia como regalo de despedida. Y aquella vez sería una despedida de verdad.

Se lo dejaría en la mesa del patio, como siempre hacía, y cuando ella lo viera lo entendería todo.

Quizá incluso se alegraría de no tener que acudir a la playa a las doce para ver sus cicatrices a la luz del día.

¿Lamentaba hacerle daño? Sí, desde luego.

Pero estaba siendo galante a su manera. Era mejor sufrir un poquito ahora que sufrir mucho dentro de unos años.

Y él sabía que habría un gran sufrimiento. Porque no sabía si Cynthia lo amaba de verdad o no. Y no sabía si él podría amarla como ella se merecía.

Era mejor recordar aquellos días en La Torchère como una fantasía.

A la mañana siguiente, la reacción alegre de Cynthia al encontrar la figurita del oso sobre la mesa del patio desapareció enseguida.

Era una figurita preciosa. Rick había conseguido retratar la fuerza del animal, la energía de un ser poderoso y oscuro... ¿Podría el amor domar esa energía destructiva?

Cynthia recordó lo que Merry le había dicho cuando le contó la historia de la mujer que se casó con el oso. La había retado a pensar en ella según su propia experiencia para descubrir si la historia tenía oculto algún significado especial.

Y entendió en ese momento que no era en la fuerza o la debilidad del oso en lo que debía pensar, sino en su propia fuerza, en sus propias debilidades.

¿Por qué la madre de la leyenda ejercía tal control sobre la vida de su hija? ¿Estaba interesada en ella o en sí misma? ¿El oso se convirtió en roca porque la madre lo había juzgado o porque la hija estaba tan apegada a la madre que no tenía criterio propio?

¿Los juicios sobre los demás envenenaban el amor? ¿No era eso lo que había matado la relación de sus padres?

¿Por qué la joven de la leyenda no había luchado por su marido, aunque nunca le hubiera visto la cara? Lo había tocado, lo había aceptado en su cama... ¿Pero por qué no fue con él al mar? ¿Por qué lo esperaba pasivamente cada noche?

De repente, esas preguntas se convirtieron en respuestas para Cynthia. Y supo lo que tenía que hacer.

Se levantó y llamó a la puerta de la habitación de su madre.

—Tenemos que hablar.

— ¿Ahora? Es muy temprano...

—Tenemos que hablar ahora mismo, mamá.

— ¿Qué es eso? —preguntó Emma, señalando la figurita del oso—. Qué fea es.

Cynthia se mordió los labios.

—Mamá, anoche dijiste que el hombre del que estoy enamorada parecía un monstruo.

—Pero es que lo era. Parecía un perro que se hubiera llevado la peor parte en una pelea.

—No te permito que hables así de él.

— ¿Que no me lo permites?

—No, mamá. No te lo permito.

— ¿Quieres decir que piensas salir con él? No podría soportarlo.

—Ésa es tu decisión. Y tu problema —replicó Cynthia.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que lo eliges a él por encima de mí, de tu propia madre?

—Exactamente.

—Pero es un monstruo.

—No, no lo es —contestó ella—. Y tampoco es fea la figurita del oso. Tiene fuerza, como yo. La fuerza de decidir qué quiero hacer con mi vida y con quién quiero vivirla.

—Cynthia, esto es un capricho...

—No voy a ayudarte con tu próximo libro, mamá. Voy a abrir una galería de arte aquí mismo, en La Torchère.

— ¿Qué?

—Y voy a casarme con el hombre del que estoy enamorada.

— ¿Casarte con él? ¿Te lo ha pedido? —preguntó su madre, asombrada.

—No, voy a pedírselo yo.

— ¡Cynthia, las cosas no se hacen así!

—No, madre, lo que quieres decir es que tú no haces las cosas así. Pero, la verdad, a ti no te salió precisamente bien, ¿no? —le recordó Cynthia.

—Si te casas con un hombre tan diferente, tan... especial, sólo conseguirás sufrimiento.

—No lo sé. Pero, por el momento, lo que quiero conseguir es su amor. Lo demás no me importa en absoluto.

—Hija... yo no quiero perderte —dijo Emma entonces.

—Pues entonces dame tu bendición.

Su madre la miró a los ojos y Cynthia vio el preciso momento en el que Emma entendió que hablaba en serio, que hablaba con el corazón. Que en ella había una fuerza que sólo podía darle el verdadero amor.

—Ve entonces, hija mía.

Capítulo 14

Cynthia se había arreglado cuidadosamente para su cita con Rick. Llevaba unos pantalones pirata de color fresa con camiseta a juego y un jersey de algodón blanco por encima de los hombros.

A las doce menos diez, tenía mariposas en el estómago. Pero cuando llegó a la playa, a las doce en punto, Rick no estaba. Eso no significaba nada, claro, podía llegar tarde. Y, sin embargo, tenía una extraña premonición. Algo le decía...

Había algo raro en la playa. Cynthia miró alrededor, buscando ese algo, pero todo parecía estar igual.

Entonces miró su reloj. Las doce y cinco.

Suspirando, miró el mar para tranquilizarse y... ¡de repente descubrió lo que faltaba! ¡La roca! ¡La roca en forma de oso!

Intentó decirse a sí misma que era la marea. Debía de haber subido la marea... Sin embargo, el corazón le decía otra cosa. Podía sentir la ausencia de esa roca como si el sol hubiera dejado de iluminar el universo.

Pero en lugar de sentirse triste, experimentó una gran alegría por haberlo arriesgado todo por amor. El oso había desaparecido del mar porque existía en carne y hueso otra vez, como en la leyenda. Había vuelto a la vida allí, donde la fuerza del amor hacía que todo fuera posible.

Y Cynthia sabía que la estaba observando. En Internet había leído que cada vez que alguien iba a un bosque era observado por un oso sin saberlo. Ella lo sabía.

La joven de la leyenda había permanecido pasiva. Había dejado que los demás dirigieran su vida, pero Cynthia no iba a hacer eso...

Entonces le pareció ver movimiento detrás de los árboles que rodeaban la playa y se levantó, segura de sí misma, segura de que podía elegir, de que podía tomar el timón de su vida en los momentos más importantes.

Pero cuando llegó allí no había nadie. Se quedó muy quieta, mirando alrededor, y vio algo pegado al tronco de un árbol. Era un papel.

Temblando, Cynthia lo despegó. Era un boceto, el boceto de una capilla o una iglesia. En la figurita del oso, Rick le había mostrado lo que había en su exterior, y en aquel boceto le estaba mostrando su corazón.

Y nunca lo dejaría ir. Lo seguiría por tierra y por mar y lo llevaría allí de vuelta para curar sus heridas...

—Cynthia.

Ella se volvió. Rick estaba a su lado, como si siempre hubiera estado allí, a la luz del día. Y se maravilló porque no veía cicatrices, sólo veía su belleza. El lado derecho de la cara era hermosísimo, con el ojo del azul más intenso que había visto nunca...

No, eso no era verdad. Había visto ese color en otro hombre, en otro chico.

—Rick Barnett.

Él asintió con la cabeza, nervioso.

—Iba a marcharme de La Torchére. Y no pensaba decirte adiós.

—Ya.

—He sabido desde el principio quién eras, Cynthia. Y no te dije quién era yo.

—No importa.

—Sí importa. Pensé que sólo estaba marcado por fuera, pero también estoy marcado por dentro. No te merezco, princesa. No sé confiar en los demás y...

Cynthia le puso un dedo sobre los labios.

—Estás aquí, eso es lo único que importa. A veces el amor hace lo que nosotros no somos capaces de hacer.

—Pero hay que poner los pies en el suelo...

— ¿Ves que yo los tenga en otro sitio?

—Tu madre no podrá aceptarme.

—Ya he hablado con ella. Y me ha dado su bendición... cuando le he dicho que te elegiría a ti por encima de todo —le contó Cynthia.

— ¿Le has dicho eso?

—Ya no soy la niña de antes, Rick. Y quiero que vivamos este amor. Me da igual que sea real, irreal, sobrenatural... Pero si tú tienes miedo, yo tengo fuerza suficiente para los dos.

Él no dijo nada. Sencillamente, la llevó al borde del mar y gritó a pleno pulmón para que lo oyera todo el mundo:

— ¡Rick Barnett ama a Cynthia Forsythe!

Merry levantó la cabeza al oír ese grito. Estaba en el patio de su casa, con una bolsa de hielo sobre la frente.

Qué voz tan potente. Qué amor tan potente, pensó, suspirando.

La noche anterior, Alex estaba esperándola en la puerta de su casa cuando volvió de la playa... para darle una noticia increíble. No era el encargado de mantenimiento, sino el propietario de La Torchére.

Pero eso ya no importaba. Aunque algún día volviera a ser la princesa joven y bella que había sido, estaba prometida con otro.

¿Por qué le había contado Alex su secreto? Le había dicho que la respetaba demasiado como para seguir mintiendo.

Una vez, cuando era joven, había pensado arrogantemente que tenía respuesta para todo, pero nadie la respetaba por sí misma. La respetaban por la posición de su familia, pero nada más.

¿Y quién había sido ella entonces? ¿Y quién era ahora?

Merry no tenía respuestas. Ni soluciones. Unas horas antes le habían dicho que los Phipps-Stover iban a separarse oficialmente y estuvo a punto de intervenir, pero se contuvo a tiempo. ¿Para qué? ¿Para que fueran infelices para siempre? ¿Para que se hicieran la vida imposible el uno al otro?

Entonces oyó de nuevo la voz de Rick Barnett gritando a los cuatro vientos que

amaba a Cynthia Forsythe.

Ni toda la magia del mundo podía hacer que ocurriera ese milagro.

A pesar de su desilusión, Merry dejó que la emocionada voz de Rick la llenara de fuerza.

Y, aunque le parecía una debilidad, por un momento quiso pensar que quizá, sólo quizá, hubiera poderes más grandes que el suyo encargándose de ordenar las cosas.

Y quizá, sólo quizá, su propia historia también fuera a tener un final feliz.



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.